EL TEATRO

2271

FEDERICO OLIVER

LOS COMICOS DE LA LEGUA

3

50 CENTIMOS

PRENSA MODERNA

EL TEATRO
REVISTA SEMANAL
AÑO II 6 FEBRERO 1926 NÚM 19

Federico Oliver

LOS CÓMICOS DE LA LEGUA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro de la Latina
de Madrid,
el 11 de diciembre de 1925.

PRENSA MODERNA
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Consuelo	CARMITA O. COBEÑA.
La Señá María la Pelona	MARÍA HURTADO.
La Carrasco	MARÍA ALCALDE.
Dolores	TERESA ZORI.
La Relojera	FILOMENA SEDEÑO.
Bastiana	JUSTINA PEÑA.
Dama joven 1.ª	FILOMENA SEDEÑO.
Idem íd. 2.ª	JUSTINA PEÑA.
Cómica 1.ª	CARMEN A. RÍOS.
Idem 2.ª	CARMEN G. RAMIS.
Navascués	RICARDO CANALES.
Carrascosa	JOSÉ LUCIO.
Manolo Máiquez	AVELINO NIETO.
Retamosa	IDEM ÍD.
Mario Luna	MANUEL KÁISER.
Don Gorgonio	FRANCISCO JIMÉNEZ.
Don Felipe Calle	MANUEL ARCAL.
Mínguez	IDEM ÍD.
Peñita	GUILLERMO FIGUERAS.
Teresforito	IDEM ÍD.
Torija	IDEM ÍD.
Totito	ENRIQUE ECHEVARRÍA.
Doctor Belisario Alvear	MANUEL D. LUNA.
Peralta	IDEM ÍD.
Escacena	CARLOS G. CONEJERO.
Canseco	IDEM ÍD. ÍD.
Pérez	BENITO GALLEGO.
El Traspunte	CARLOS GARCÍA.
El Camarero	BENITO GALLEGÓ.
El Tramoyista	EMILIO BRAVO.

Cómicas y cómicos que no hablan.—El tío del queso. Chiquillos.

La acción del primer acto, en un pueblecito andaluz La del segundo, en una ciudad andaluza, y la del tercero, en el teatro Español, de Madrid.

LOS COMICOS DE LA LEGUA

A mi adorada hija Carmita
Federico.

ACTO PRIMERO

La escena representa la fachada del teatro de un pueblo, que antes que fachada, es facha de mesón, porque coexiste con un mesón, en efecto. Así, pues, el ingreso al templo da Talía es el zaguán de la posada, con fresca sombra en primer término y caliginoso patio donde refracta el sol en la blancura del encalado. Hay una fuente o pozo en el centro del patio y un arranque de escalera a la izquierda. En el mismo zaguán descúbrese un tabuco con un letrero que dice: "Taquilla", y por encima del arco de entrada dos inscripciones que casi se enlazan, dando idea de los distintos menesteres del inmueble: "Coliseo de Minerva" y "Posada de la Pelona". Adosada al muro, en primer término, hay una pizarra donde, escritas con tiza, se leen las siguientes palabras: "Coliseo de Minerva. Temporada de San Miguel. Gran compañía Carrasco-Carrascosa. Función para hoy. Debut de la compañía. El sublime drama *Marianela*. Nota: Teniendo en cuenta que el empresario es pirotécnico, terminará el espectáculo con un bonito telón de fuego."

ESCENA I

Don Gorgonio y la *Pelona*.

GORG. Oiga usté, señá María la Pelona.
PELO. ¿Qué se le ofrece, don Gorgonio?
GORG. Que por los ojos de su cara me haga usté la mercé de tené los suelos rechinantes de limpios, ¿sabusté? Porque da la casualidá pajolera de que yo soy el empresario del teatro, ¿usté se ha enterao? Y como está usté metía

672452

en la hoja de gastos que yo pago, como cabal
blanco que soy, na más natural ni más liar
sino que cumpla usté como conserja y barre
dera del coliseo, que pa eso cobra.

PELO. ¡Ave María Purísima! Pos no está usté ma
dón ni na que digamos, por aquello de que
usté un caballo blanco.

GORG. ¡Oiga usté, las metáforas pa el gato! Lo
caballo blanco bueno es que yo lo diga, pe
no que usté me lo repita.

PELO. ¡Vamos, que refregarme a mí por la cara q
yo no limpio la casa! Si tengo dos mozas arj
fifando los suelos, que están más escamonda
que su cara de usté.

GORG. *(Indignado.)* ¡Mi distinguida amiga!

PELO. Viene usté echando candela porque los cómic
no parecen a la hora que es y quiere usté p
garla con una. Como si una tuviera la cul
de los sopiripandos que usté se toma.

GORG. ¿Pero va usté a decí que este zaguán está c
mo Dios manda?

PELO. ¿Pero no sabe usté que por aquí se entra
mismito al teatro que a la posá, y que a la po
vienen arrieros y bestias?

GORG. ¡Me jago tiestos con la mujé que entavía
a tené que darle uno una saitifasión! Pero, ¿
sabe usté, señora, o lo que sea, que aquí arm
mos la partía de toas las tardes y que no es
ni medio bien que personas de respeto se po
gan a jugar al monte con los suelos perdíos,
pique de coger cascarrias?

PELO. Sí, señó; pero ca una es ca una y tres med
docena; que a mí la ceniza en la frente no m
la pone usté ni nadie, que pa poner la puche
en mi casa, maldita es la falta que a mí m
hace la miseria que usté me paga—por oblig
ción, por supuesto—, que pa eso lo tiene us
firmao en el contrato con el amo del teatro.

GORG. Menos palique y saque usté las sillas, que va
a vení esos señores.

PELO. ¡El demonio del hombre!

ESCENA II

Dichos y *Telesforito,* que viene con el billetaje debajo del brazo.

TELES. Buenas tardes, don Gorgonio. Adiós, Pelona.
PELO. *(Furiosa.)* ¡Adiós, tú, y llámame por el nombre y no por el mote, que pueo ser tu madre, so lombriz!
TELES. *(Venteando.)* Aquí huele a quemao.
GORG. *(Lo mismo.)* ¿Que huele aquí a quemao?
TELES. No es ilusión, no. A quemao me huele.
GORG. ¿A vé si tenemos un estropicio?
TELES. *(Venteando mucho.)* Que sí, que sí.
PELO. *(Alarmada.)* ¿Si será en la cocina?
GORG. *(Lo mismo.)* ¿Si será en el teatro?
TELES. Aquí huele a quemao, don Gorgonio; porque está usté echando chispas y la señá María la Pelona está que arde.
GORG. ¡Mala puñalá te peguen!
TELES. *(Riendo su gracia.)* ¡Ju, ju!
PELO. ¿Habráse visto esaborío? *(La Pelona entra y sale trajinando en la casa.)*

ESCENA III

Don Gorgonio y *Telesforito.*

GORG. Pues sí que tengo yo las tripitas pa que te vengas con retruécanos. ¡Maldita sea mi estampa consagrá!
TELES. Pero ¿qué le pasa a usté, don Gorgonio?
GORG. Ni me atrevo a pensarlo, ni me atrevo a decirlo.. Que me dejan colgá la función esos sinvergüenzas de cómicos. Entavía no han venío y estoy más escamao que un salmonete. ¿Tienes ahí el billetaje?
TELES. Aquí lo traigo.
GORG. ¿Vendiste mucho en la plaza?
TELES. Va a haber un lleno.
GORG. ¡Maldita sea la mar! Si no viene Carrascosa...

TELES. Carrascosa viene en un carro por la carretera, como tres y dos son cinco. Duerma usté tranquilo, don Gorgonio.

GORG. ¿Qué voy a dormí, Telesforito?

TELES. Anoche trabajaron en Aracena. Ya estarán de camino pa acá.

GORG. Pero quedaron en ponerme un telegrama y la camisa no me llega al cuerpo, porque algo pasa, algo está pasando y pa mí que no viene la compañía. Esto es una trastá de Carrascosa, y como resulte lo que me temo, lo cojo del gañote, le meto la cabeza en un lebrillo y lo afeito en seco con papé de lija.

TELES. Esas son fantesías de los nervios que usté se gasta. Carrascosa viene; ya lo verá usté.

GORG. Tú ya me conoces: yo no sirvo pa esperá ni pa que me esperen, porque el que espera, desespera. ¡Maldita sea!

ESCENA IV

Dichos y *Navascués*, que entra buscando colillas.

TELES. Aquí está Navascués.

NAVAS. Buenas tardes, don Gorgonio y la compaña.

GORG. ¿Qué se te ofrece?

NAVAS. ¿Me da usté una limosnita?

GORG. ¡Un tiro en mitá de la choía es lo que yo te daba, camastrón!

NAVAS. Está usté muy duro conmigo.

GORG. A mí no te acerques.

NAVAS. Tenga usté compasión de mí. Mire usté que en mi casa no sabemos hoy lo que es la gracia de Dios. Mire usté que mi madre está malita en la cama... Mire usté que mi padre está impedío...

GORG. ¡Ea, lárgate ya de aquí, pringoso, esaborío, que estás pidiendo a voces que te echen polvos inserticidas! ¡Lárgate ya y escuérnate trabajando si quiés comer, sinvergüenza! *(Vase de estampía)*

ESCENA V

Navascués, Telesforito.

NAVAS He pinchao en hueso, Telesforito.

TELES. Vuelve luego, que se le habrá pasao el tramojo en cuanto lleguen los cómicos.

NAVAS. Pero es el caso, Telesforito, que es más verdá que la luz que en mi casa se pasa hambre y que tengo a mi madre enferma, que es una compasión.

TELES. Pero podías trabajar, Navascués.

NAVAS. ¿Y quién trabaja en este pueblo, Telesforito? ¿Voy a ser yo el único? Sobre que no está el busilis en eso de doblá el espinazo, que yo me pienso, y no me equivoco, que pué vivirse en el mundo mu regalonamente sin mover un deo. La custión es dar con el intríngulis, y como yo llegue a trincarlo, que me da el garlochí que lo trinco, día llegará en que vendrás a pedirme un duro y yo te lo daré con mucho gusto, Telesforito.

TELES. Ea, pues muchas gracias, Navascués.

NAVAS. Pero entre que llega el caso o no llega, ¿no podías emprestarme una peseta?

TELES. Pos no te la doy porque no la tengo, que si la tuviera, no te la daría.

NAVAS. Eres muy gracioso.

TELES. Pero te voy a da una perra gorda con la condición de que me digas el busilis del porqué se pué viví sin trabajá como tú te lo propones. *(Le da una moneda.)*

NAVAS. Sobre la misma perra gorda te lo voy a decí tal como dicen las gitanas la buena ventura. Fíjate bien. To consiste y to está dentro de la misma perra. Dios ha querío que ca monea tenga dentro de sí tierra de mantillo pa sembrá en ella otra monea, y siendo esto así, como lo es, con gracia y chirumen pué salirse uno con la suya de que una perra se convierta en dos lo mismito que en los juegos de manos, y dos

en cuatro, y cuatro en ocho y de ahí pa alante la calderilla son pesetas, las pesetas duros, los duros billetes y los billetes miles, que el dinero llama al dinero como el río al arroyo y la mar al río. To consiste en el salero que tenga el prestidigitadó pa jacer que uno sean dos y no ninguno. Y no hay que trabajá, hay que "ingeniarse", que el trabajo pelao es cosa de primos y na se adelanta. ¿No dijo Dios: crecer y multiplicaos? Pues en iguá se lo dijo a las personas que a los dineros. Y el hombre que es hombre multiplica lo mismo niños que billetes. Y yo soy mu hombre, Telesforito. La custión es el conquíbili del porqué de la cosa. ¿Tú me has comprendío? Esto es más serio que la Vigen.

TELES. Vamos, quítate de ahí, guasa verde. ¡Miá con lo que sale ahora!

NAVAS. Tú no sabes na de na, Telesforito. ¿Tú ves esta perra gorda que me has dao? Pues me da el corazón que con ella va a prencipiá mi fortuna. *(Telesforito se encoge de hombros y entra en la taquilla.)*

ESCENA VI

Navascués y *Consuelo,* que viene del interior de la posada descalza y harapienta, con una escoba, un cubo y avíos para fregar.

CON. Navascués...

NAVAS. ¡Consueliyo, hija de mi alma!

CON. Vamos a platicá sin dejá yo la faena: ¿sabes que la Pelona me ha mandao que deje to esto como los chorros del oro, y a Dios rogando y con el mazo dando? ¿estás tú?

NAVAS. ¡Y que unas manitas que paecen azucenas estén empleás en el cubo y en la arjofifa, y que una cinturita que es mismamente un junco de la orilla del río se doble pa el suelo limpiando la basura..., y que un pelo como el tuyo, que pa sí lo quisiera una infanta de la Mesopotamia

o de los Chirlos-Mirlos, esté degreñao lo mismo que un estropajo y que toa entera tú estés cochambrosa, cuando si estuvieras limpia y escamondá serías la reina de las muñecas de porcelana!

CON. Ya podías ayudarme a sacá agua del pozo, don Melquiades.

NAVAS. Ya te ayudo con buenas palabras y con buenas intenciones.

CON. ¿Na más?

NAVAS. Na más.

CON. ¿Sabes lo que te digo?

NAVAS. Dí.

CON. Que eres más flojo que un municipá.

NAVAS. A mí no me pidas que sude la gota gorda, que eso sí que no.

CON. ¡Tiés una costilla!...

NAVAS. A mí no me pidas que llame cobarde al que tié jindama, ni horgazán al que no currela, ni jorobao al que tiene chepa, ni cojo al que cojea, que na de eso pué remediarse, Consueliyo.

CON. ¿Sí, eh?

NAVAS. Sí.

CON. ¡Pos rabia, rabiña,
tengo una piña,
tiene piñones
y tú no los comes!

NAVAS. ¿Qué vas a tené tú piñones?

CON. Lo que tengo drento el seno son tres perras gordas mu reliás en papé de estraza.

NAVAS. ¿Pa mí?

CON. Y una lata de colillas que he recogío yo mesma pa dártela.

NAVAS. ¿De veras?

CON. ¡Rabia, rabiña, rabia, rabia!...

NAVAS. Hagamos un trato, Consuelo.

CON. Venga el trato.

NAVAS. Por lo que hace a la lata, no me la des; pero por lo que toca a las tres perras gordas, empréstamelas. Que yo te las devolveré con mi trabajo.

CON. ¡Jurrío de ahí, fantesioso!

NAVAS. ¿Pero tú pa qué quieres las tres perras?

CON. Son de una propinilla que me ha dao un inglés y las tenía guardás pa ti, lo mismo que la lata. ¡Y mia tú que cogé yo colillas, con lo que apestan las condenás! Pero, lo que son las cosas, Navascués. Es un volunto que me ha salío de drento el pecho por la pena que me daba oírte decí cuando pides que tu madre está malita... que tiene hambre... Por eso lo hice: por ayudarte.

NAVAS. ¡Criatura!

CON. Pero no vayas a ponerte moños de pensá que una mocita te ha dao su dinero. *(Soñadora.)* Tú no eres el hombre, que no sé donde está, pero que en alguna parte está reservao pa mí. Tan solamente eres mi hermano, mi hermano de desgracia, porque toítos nos disprecian y tú y yo semos la última palabra en este pueblo.

NAVAS. ¿Sabes que se me atraganta el corazón en el gañote de conmovío que me pones, mujé? Dame las perras.

CON. *(Dándoselas.)* Tómalas ya.

NAVAS. ¡Bendita sea tu gracia, niña!

CON. Pa tu madre son, Navascués. Yo no he sabío nunca lo que es el queré de una madre porque, como tú sabrás, me dejaron orvidá en esta casa unos cómicos cuando yo era una mijilla de na... Por eso me jace tipitín en el lao izquierdo cuando veo que una persona tiene madre y no la puede dar de comer... ¿Tú te enteras? No es más que eso. Galipa de tener una madre como tú la tienes. Y no vayas a creerte por eso que yo reniegue de la probe de la señá María la Pelona, que al fin y al cabo me tié recogía en su posá, y aunque me esloma de cuando en cuando si doy un respingo y la contesto, no por eso dejo de considerá que me tiene ley la probe. *(Cantando de repente.)*

Mi amante es cartujano,
salero, pintor de loza,

que pinta palanganas, salero,
color de rosa.

NAVAS. ¿Qué te ha entrao de repente? *(Consuelo sigue cantando.)* ¿Pa qué sales cantando siguirillas?

CON. *(Con misterio.)* Pa que me escuche la Pelona y se suponga que estoy trajinando, porque si me calio, se jama la partía de que estoy de palique con alguno y baja callandito y me suelta un soplamocos... *(Tirando de una mesa.)* Ayúdame a sacá esta mesa, que pesa más que la asaúra que tienes.

NAVAS. *(Ayudándola.)* Por ti lo hago, Consuelivo; que yo no tiro de na, manque me aspen. *(Ponen sillas a los lados de la mesa.)*

CON. *(Contando.)*

"Y así le quiero:
que pinte palanganas,
mi vida, color de cielo."

NAVAS. Y ahora te voy a confesá una cosa, ya que eres franca conmigo y no está bien que te engañe; pero a ti solita...

CON. ¿El qué?

NAVAS. Que lo de que mi madre está mala es una novela por entregas que yo me traigo pa sacá limosna. Está tan buena como tú y como yo.

CON. *(Atónita.)* Eres un sinvergüenza mu grande, Navascués.

NAVAS. Ya se ve que sí. Pero tú no te mereces que yo te engañe como a los otros, y por eso te digo mi verdá. Toma tus perras, mujé.

CON. No, no. Yo no tomo eso.

NAVAS. ¿Por qué?

CON. Porque lo que se da con el corazón no se recoge con la mano.

NAVAS. Entonces me las guardo...

CON. *(Cada vez más admirada.)* ¡Pero qué sinvergonzón tan grande!

NAVAS. Sí, señó. Y lo que me inrita es que, pidiendo yo pa mi madre y diciendo que está enferma,

haya quien me dé con la puerta en las narices y me trate a patás. Me hago el cargo de que si fuera verdá ansina sería, y de pensarlo solamente se me pone la sangre más negra que el betún. No hace cinco minutos le pedí una limosna a don Gorgonio, el empresario, con agua en los ojos de puro conmovío que me puse, y el tío mala sangre me mandó a paseo con unos modales que se me han clavao aquí como si fueran puñalás. Yo jice la risa del conejo, ¿sabes tú? Pero la procesión iba por dentro. Y esto te lo digo yo a ti na más que pa que tú lo sepas, porque tú eres buena conmigo y pa que no se te orvíe. ¿Ves tú ese galápago de don Gorgonio? Pues fíjate bien en el encarguito. A ese gachó lo has de ve delante de mí más cuadrao que un quinto y le has de oí estas palabras: "¿Tocaba usté las palmas, señó don Navascués?" Y yo he de contestarle, más fijo que la luz: "Sí, Gorgoniyo; sírveme una caña de cerveza." Tú lo has de ve, Consuelo. Por más que la cerveza me pone malo el cuerpo, porque no me gusta ni chispa.

CON. *(Viéndola venir.)* ¡La Pelona! *(Vuelve a su quehacer repentinamente, sin dejar de cantar la seguidilla corralera.)*

"Mi amante es cartujano,
salero, pintor de loza..."

(Sale la señá María la Pelona, y cruza rápidamente la escena, no sin mirar con recelo a Navascués. Este, para disimular, se pone a leer el anuncio de la función.)

ESCENA VII

Dichos y la *Pelona; Bastiana,* dentro. A poco el *Tío del queso,* dentro, y *Telesforito.*

PELO. *(Parándose ante la puerta que se supone del teatro.)* ¡Bastiana! ¡Bastianaaa!

BAST. *(Dentro.)* ¡Quéee!

PELO. ¡Que le quites las telarañas a las butacaaas!

BAST. *(Dentro.)* ¡Es mucha telaaa!...

NAVAS. Y muchas arañas. Está el teatrito que se cae de puro apolillao.

PELO. *(Mirando de reojo a Navascués mientras hace mutis.)* Este capitalista está buscando un sartenazo.

TIO. *(Dentro, pregonando su mercancía.)*

Vendo quesos extremeños
de buen gusto y paladá,
y por cuatro perras gordas
doy dos quesos nada más.
¡Y nada más!

TELES. *(Saliendo de la taquilla.)* Deben ser las dos, porque ha pasao el tío del queso. *(Bosteza.)* Na; y que no se arrima bicho viviente a la taquilla. Eso es que ha cundío el mieo de que no venga la compañía.

TIO. *(Más lejos.)*

Y por cuatro perras gordas
doy dos quesos nada más.
¡Y nada más!

TELES. *(A Consuelo.)* Si viene algún marchante, en el colmao de aquí a la vera estoy atizándome un latigazo de Cazalla. ¡Bendito sea mi cuerpo!

CON. *(Viéndole salir.)* ¡Salao!

ESCENA VIII

Navascués y *Consuelo.*

NAVAS. *(Leyendo con trabajo el anuncio de la función.)* Esta noche sin far... ta, debú de la compañía con el su... blime drama "Marianela".

CON. *(Con entusiasmo ponderativo, casi en éxtasis.)* "¡Marianela!"... ¡Naturá de don Benito!

NAVAS. ¿Tú has visto esa función?

CON. ¡Anda! Si me la sé de corrío lo mesmito que si fuera el padrenuestro.

NAVAS. Yo se la he visto a la compañía de Babi-Chiva y a la del marqués de Caracolo; pero la que más me gusta es la Chiva, que dicen que es mejón que la Guerrero. ¿Y cómo es que tú te sabes de memoria esa zarzuela?

CON. Porque unos cómicos, creo que fueron los de Tuquidanos, se dejaron olvidao un libreto en el escenario y yo me lo encontré.

NAVAS. Pero ¿sabes tú leé?

CON. No; pero me la leía hasta caerse de espardas un comisionista de música en conserva que vino a la posá.

NAVAS. ¿De música en conserva? ¿Y qué es jeso?

CON. ¡Gramófonos!

NAVAS. ¡Achúchale!

CON. Y como yo me pirraba por "Marianela", ca vez que él leía yo le suplicaba: "Más, lea usté más". Y él, venga leé y leé, hasta que me dejó grabao el papé en mitá del sentío. Ya pué la cómica que lo haga apretarse el zagalejo si estoy yo en el teatro; que si se equivoca, se lo cojo yo en seguía y la pongo colorá porque lo digo a voces.

NAVAS. *(Asombrado.)* ¡Por dónde sale ésta!

CON. Y más te voy a decí: si yo jiciera un día "Marianela" delante el público, verás tú temblá a la Guerrero en su peana. ¡Si el que lo hereda no lo roba, si soy hija de cómicos, si lo tengo en la masa de la sangre, Navascués!... Si me muero de gusto de pensá que yo iría de pueblo en pueblo por esos caminos de Dios diciendo cosas bonitas y la gente embobá tocándome las parmas. Si una voz me dice en mi interió que yo voy a sé mu grande, que voy a tené palacios, y artomóviles, y to, y que mis pieses van a pisá tapices de Goya de una cuarta de alto.

NAVAS. ¡Echale guindas a la tarasca!

CON. Y miá tú lo que son las cosas. El comisionista aquél me lo decía: "¡Ni el acento siquiera se le conoce! Paece mentira que al declamá se orvíe de que es andaluza y prenuncie mismamente como la gente fina de Madrí." ¡Si será mérito, chiquillo!

NAVAS. ¡Achúchale!

PELO. *(Dentro.)* ¡Consuelooo!

CON. ¡Quéee!

PELO. ¡Lárgate al camino de Los Parrales pa ver si vienen los cómicos!...

CON. ¡Voy!...

NAVAS. *(Viendo venir a Telesforito, Minguez, Escacena y Pérez.)* Aquí están los de la partía de monte. *(Vase Consuelo.)*

ESCENA IX

Telesforito, Minguez, Escacena, Pérez, que entran, y *Navascués.*

MIN. *(Entrando muy marchoso.)* Ya está aquí la gente buena.

ESCA. Saca la manta, Telesforito.

TELES. *(Sacando una manta jerezana de la taquilla.)* Vaya la manta, y al avío. *(Minguez extiende la manta sobre la mesa y se dispone a tallar. Algunos se quitan las chaquetas, quedando en mangas de camisa. Telesforito aproxima un botijo. Los demás sacan duros y pesetas, que colocan sobre la mesa.)*

NAVAS. *(Mirando el dinero con ojos de perro hambriento.)* ¡Y que yo no tenga más que cuatro perras gordas!

PEREZ. *(Dando un billete a Telesforito.)* Venga cambio.

TELES. *(Facilitando moneda fraccionaria.)* Allá va cambio. *(Se ponen a jugar al monte. Navascués no les quita ojo.)*

ESCENA X

Dichos y *Don Gorgonio,* acompañado de *Retamosa,* alcalde del pueblo, que viene chupando un puro.

GORG. *(Tan nervioso y quemado como antes.)* Mi distinguido amigo...
RETA. *(Con calma.)* Dos puntos.
GORG. No me queme usté la sangre con la ortografía.
RETA. Es que cuando está usté quemao, habla siempre en estilo epistolario.
GORG. ¡Mi distinguido amigo!
RETA. ¡Dos puntos!
GORG. Sabrá usté que estoy como San Ginojo en el cielo, sin sabé si viene o no viene la compañía Carrasco-Carrascosa.
RETA. ¿Y a mí qué me cuenta usté?
GORG. Se lo cuento como alcalde pa darle parte de lo que pasa.
RETA. Está usté mu nervioso, don Gorgonio.
GORG. Estoy que me arrima usté un cerillo y hago ¡pum!, y van mis entretelas por el aire como si fueran virutas... ¡Mardita sea! *(Pasean.)*
TELES. *(En el grupo de jugadores.)* ¡Olé mi cuerpo serrano! Ya está la sota en la candente arena.
PEREZ. Al entrés.
TELES. Al brazo.
ESCA. A la cruz. *(Juegan; óyese el tintineo de la plata.)*
NAVAS. Se me va la vista con tanta monea.
GORG. *(A Retamosa.)* ¿Sabe usté si el yeso de las paredes tiene salitre?
RETA. ¿Yo qué voy a sabé?
GORG. ¡Porque si no lo tuviera, me comía los caliches de las paredes!
MIN. *(Tallando en su grupo.)* El caballo.
GORG. *(Abriendo un paréntesis a su indignación.)* ¿Ha dicho el caballo? Mínguez: ese duro salta al caballo.
MIN. *(Cogiéndolo en el aire.)* Va.

GORG. *(Volviendo a su tema con Retamosa.)* ¡Mi distinguido amigo!

RETA. *(Impaciente.)* ¡Dos puntos!

GORG. ¡El granuja de Carrascosa me ha sacao con engaño trescientas pesetas de anticipo. En cuanto me lo eche a la cara, le digo a usté por mi salú, que le voy a mentá las trescientas!

MIN. *(Tallando.)* El caballo.

GORG. *(Acudiendo rápidamente.)* Vengan los cuatro duros.

NAVAS. *(Aproximándose a Retamosa y con voz muy lastimera.)* Señó arcarde..., señó Retamosa...

RETA. *(Brusco.)* ¿Qué pasa?

NAVAS. *(Muy patético.)* Que mi madre está mala..., ¡mu malita!

RETA. Pos aliviarse.

NAVAS. ¿No la tiene usté lástima?

RETA. *(Brutalmente.)* ¡No!

MIN. *(Tallando.)* El cinco.

NAVAS. *(Volviendo la cara a la partida con desesperación cómica.)* ¡Mi carta! ¡Quién tuviera seis perras gordas pa juntá hasta la peseta y meterla en ese cinco, que me vuelve loco!

RETA. *(Conmovido.) ¡Pobrecillo!* ¡Qué ojos de pena le echa a la carta que le gusta!

NAVAS. ¡Qué cinco, señó arcarde!

RETA. *(Sacando calderilla.)* Me has conmovío, hombre. Toma las perras.

NAVAS. Ya tengo la peseta que buscaba. *(Acudiendo al grupo de jugadores.)* ¡Juego! Esa peseta salta en el cinco.

MIN. *(Midiéndole con la vista de pies a cabeza.)* Aquí no se armiten más que caballeros.

RETA. Déjalo, hombre, que es cosa mía. Me ha tocao en la cuerda sensible.

GORG. *(Volviendo a la carga con Retamosa.)* Mi distinguido amigo...

RETA. *(Impaciente.)* Dos puntos.

NAVAS. *(En el grupo de los jugadores.)* Telesforito, tu perra gorda se ha convertío en una peseta, y la peseta en cuatro, porque ha saltao el cinco.

TELES. *(Con los ojos clavados en las cartas.)* ¡La sota!

NAVAS. *(Lo mismo.)* ¡Otra vez el cinco!

TELES. ¡Que me guiña un ojo la sota! Na, que me lo guiña. ¡Juego! Esa peseta a la sotíbilis. ¡Así hace las cosas Telesforito!

PEREZ. Apañao estás tú con la sota.

ESCA. Pero ¿no ves que se dan contrajudías?

MIN. *(Tirando el gallo.)* El siete.

TELES. *(Impresionado.)* ¿Contra la sota el siete? La sota ya no me guiña. Na, que no me guiña. ¡Juego! Esa peseta de la sota se columpia al siete. ¡Así hace las cosas Telesforito!

NAVAS. Juego: esos dos duros del siete se balancean a la sota.

TELES. ¿Vas en contra mía?

NAVAS. Pa acertar.

MIN. *(Tallando.)* La sota.

TELES. ¡Me meto a sombrerero y nacen los chiquillos sin cabeza!

ESCA. Al que se pasa lo fusilan.

RETA. *(A don Gorgonio.)* ¿Quiere usté no hablarme más como si me estuviera escribiendo? *(A voces.)* ¡Ea, basta ya de cartas! *(Los jugadores se vuelven, alarmados, a Retamosa.)*

MIN. ¿Levanta usté la partía?

RETA. No hay que escamarse, Mínguez. Hablaba aquí con don Gorgonio, que ha dao en la fló de encabezá una carta ca vez que me cuenta una cosa.

ESCENA XI

Dichos y *Consuelo,* por la derecha.

CON. *(Muy agitada.)* ¡Los cómicos, los cómicos! ¡A lo lejos se ven vení los cómicos!

GORG. ¡Gracias a Dios!

RETA. ¡Que sea norabuena, don Gorgonio!

GORG. *(A Consuelo.)* ¡Naja en busca del pregonero! *(Consuelo sale corriendo.)*

TELES. ¡Que descanse ese corazonsíbilis!

GORG. *(Corriendo detrás de Consuelo.)* ¡Que eche el pregón que le he mandao!

ESCENA XII

Dichos, menos *Consuelo* y *Don Gorgonio.*

MIN. *(A Retamosa.)* Yo me creí de verdá que levantaba usté la partía.

ESCA. Porque tú no conoces al amigo Retamosa, que, arcarde y to, le gusta el monte más que su señora. De los hombres viciosos que yo he visto, Retamosa es el número uno.

TELES. ¡Viva el vicio!

RETA. *(Aproximándose a los jugadores.)* Pues claro que me gusta el monte, y el bacarrá, y la ruleta. Porque, señores, a mí que no me digan: el momento de ganá es un goce, que sólo se parece a otro goce. ¿Verdá que sí, Telesforito?

TELES. Yo acabo de perdé, señó Retamosa.

RETA. ¿Y pa qué eres primo?

NAVAS. Esos cinco duros al rey.

RETA. Yo declaro con franqueza que sí, señor, que el juego me gusta, que no lo puedo remediar. ¡Pero si está dentro de la naturaleza humana de las criaturas, señor!... Si hasta la túnica de Jesucristo se la jugaron los hombres. ¿Y qué va a hacer uno? Yo, como autoridá, ya veis que hago la vista gorda, si no se ponen ustedes a jugar mu decaraos.

TELES. En mitá de la calle na más.

RETA. ¿Pues qué? ¿Hay un momento más emocionante que cuando guipa uno la carta que le gusta, y le llena el ojo, y mete mano a la buchaca y dice: "Ese duro, al rey?"

MIN. *(Muy serio.)* De boquilla no se armite.

RETA. Es un poné.

MIN. Pues póngalo usté.

RETA. *(Poniendo un duro a la carta.)* ¡Vaya! Que

sin comerlo ni beberlo me han metío en la canasta.

MIN. Usté dijo: "Ese duro, al rey". Los señores son testigos.

RETA. Que sí, que sí. Vaya, que sea. Pues como íbamos diciendo: cuando sale una carta que le llena a uno el ojo, y mete mano y dice: "Ese duro salta en el caballo".

MIN. Venga el duro.

RETA. Pero ¿no te estoy diciendo que es un poné?

MIN. ¿Y no le contesto yo a usté que ponga el duro?

RETA. *(Poniendo el duro.)* Bueno, hombre. *(Volviendo de nuevo al tema.)* Cuando mete uno mano...

TELES. *(Interrumpiendo.)* Señó Retamosa.

RETA. ¿Qué hay, Telesforito?

TELES. Que si no acaba usté su discurso va usté a poné más que una yueca.

MIN. *(Tallando.)* El caballo.

NAVAS. ¡Achúchale!

MIN. *(Muy quemado.)* Y el rey en puerta.

RETA. Pues mira: he ganao de bóbilis-bóbilis.

TELES. *(Admirado.)* Ya está montao Navascués en cincuenta pesetas.

NAVAS. *(Atento al cobro.)* En diez duros, que son veinte, porque acabo de ganar y se han doblao.

ESCA. ¿Navascués con veinte duros?

MIN. Que me sacan de las entrañas.

RETA. Levanta el vuelo, Navascués; que de estos cocos, pocos.

MIN. *(Echando humo.)* ¡Eso es! Y a mí, sin desquitarme, que me parta un rayo. ¡Navascués no se va!

RETA. ¿Pues no decías que no era un caballero?

MIN. *(Barajando muy nervioso.)* Con veinte duros ya lo va siendo. Anda, Navascués.

ESCENA XIII

Dichos y *Carrascosa, La Carrasco, Mario Luna, Totito* y otro cómicos y cómicas. Con ellos viene *Consuelo*, cargada con pequeños bultos de mano, que deja en el suelo. Unos hombres descargan maletas de carácter prehistórico. Los cómicos, tronadísimos, visten, sin embargo, con pretensiones de elegancia. Americanas de exageradas trabillas, gabardinas con pieles de gato, etc., etc. Por los líos de ropa asoman espadas de cazoleta y tal cual chambergo o tonelete. A poco de empezar la escena, se oye dentro la voz de *Don Gorgonio*, que discute a voces con *Totito*. Algarabía de chiquillos, que rodean a los actores.

CHIQUI. *(Dentro.)* ¡Los cómicos! ¡Los cómicos!
TOTI. ¡Turbamulta incivil!
MARIO. ¡A la escuela!
CHIQUI. ¡Cómicos! ¡Cómicos!
CARR. "¡Infames bandoleros,
que me habéis a traición acometido!"
LA CA. Déjalos, Carrascosa.
CON. A peñascaso limpio me liaba yo con esa morralla. *(Entrando en la posada.)* ¡Señá María, señá María! ¡Que están aquí los cómicos!
LA CA. Este es el coliseo.
CARR. "Ya estamos en el seno de la muerte..."
TOTI. Entremos.
LA CA. *(Supersticiosa.)* Pisa con el pie derecho, Carrascosa.
CARR. Haz la señal de la cruz, Rudesinda.
LA CA. *(Santiguándose.)* ¡Dios quiera que salgamos bien en este pueblo!
CARR. "Veamos este oráculo espantoso." *(Da un tropezón y cae.)*
LA CA. ¡Teobaldo!
MARIO. ¿Se hizo usted daño?
CARR. *(Levantándose con dignidad.)*
"¡Mal, Polonia, recibes a un extranjero!"
LA CA. *(Afligida.)* ¡Santa María de la Paloma!

CARR. "Hablas tan bajo, tan bajo,
que no hay manera de oírte."

LA CA. Que se te han descosido los pantalones, y no tienes otros para "El Gran Galeoto" y para la calle.

CARR. "Contra miasmas sutiles
no hay manera de luchar."

MIN. *(En el grupo de jugadores.)* ¡Hagan juego, señores.

ESCA. Al entrés.

RETA. A la cruz.

TELES. Casa y juega. ¡Así hace las cosas Telesforito!

CARR. *(A Mario, que lee unos letreros en las paredes.)* ¿Qué lees, Mario?

MARIO. Advertencias y recomendaciones de unos infelices cómicos que pasaron por aquí.

CARR. ¿Qué dicen?

LA CA. A ver, a ver.

CARR. *(Conteniéndola.)* Tú no leas, Rudesinda, que pudieras ruborizarte.

MARIO. *(Leyendo.)* "Pobrecitos cómicos: no vengáis a este pueblo de pesca. Los de la compañía Ibáñez-Casajuana no pudimos pagar a la patrona y nos quedamos aquí perdidos, sin equipaje y sin posada."

CARR. "No es mala la cicatriz;
la cuchillada fué buena."

MARIO. ¿Y dónde me dejan ustedes esta cuarteta?

CARR. ¿Poesía también?

MARIO. *(Leyendo.)*

"¡Señores, vaya un teatro!
¡Cualquiera sale de apuros!
¡Tiene de entrada diez duros,
y de gastos, veinticuatro!"

CARR. "¡Ay, mísero de mí! ¡Ay, infelice!"

MARIO. Pues ya sabemos del mal que hemos de morir. *(Óyense dentro voces airadas de don Gorgonio y de Totito. Mario acude a ver lo que pasa.)*

LA CA. Pero ¿qué gritos son ésos?

MARIO. Es Totito, que está discutiendo con ese caribe de don Gorgonio, porque esta noche tenemos que cambiar la función. Para mí que vamos a tener metafísica.

LA CA. ¿Y qué es eso?

MARIO. Jarana, bronca, pelea, riña, trifulca, trompazos. Todo eso es metafísica.

LA CA. ¡Mi madre!

GORG. *(Dentro, a grito pelado.)* ¡Ni cua-cuan!, ¿sabe usté? ¡A mí, ni cua-cuan!

TOTI. *(Dentro, lo mismo.)* ¡Avéngase usté a razones, hombre de Dios!

GORG. ¡Mi distinguido amigo: le digo a usté que ni cua-cuan! *(Los cómicos escuchan alarmados. Los jugadores, absorbidos por el juego, siguen jugando sin hacer caso de estrépitos.)*

CARR. Linda argumentación la del empresario: ¡ni cua-cuan!

LA CA. Señor, pero ese tonto de representante, ¿por qué no le dice a ese rifeño de empresario que no puede hacerse "Marianela" porque la Romeral, que tenía ese papel, se nos ha escapado en el camino con el registrador de la Propiedad?

MARIO. *(Que vuelve)* Pues eso le está diciendo.

CARR. *(Solemne.)* ¿Y cómo no añade que yo, el primer actor y director de la compañía, estoy dispuesto a suplir "Marianela", representando "Cyrano de Bergerac", la obra de mis grandes apoteosis?

MARIO. *(Que vuelve.)* Se lo ha dicho.

CARR. ¿Y qué contesta el menguado?

MARIO. A lo del "Cyrano", que ni cua-cuan.

LA CA. ¡Grosero!

CARR. "Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratáis así."

LA CA. *(Aparte a Carrascosa.)* Lo mejor es que entremos en casa de la Pelona y que nos desentendamos de este lío. Tú y yo somos ya viejos para estos belenes, Carrascosa.

GORG. *(Dentro, llamando a voces.)* ¡Telesforitooo! ¡Telesforitooo!

TELES. ¡Voy! *(Recogiendo sus cuartos de mala gana.)* ¡Misté que dejar el vicio!

MARIO. Pide refuerzos.

GORG. ¡Telesforitooo!

TELES. ¡Voy! *(Saliendo.)* ¡Viva el vicio y muera la obligación!

CARR. *(A la Carrasco, un poco atemorizado.)* Tienes razón, Rudesinda; guarezcámonos en casa de la Pelona, y que Guzmán toree ese torito, que para eso es el representante. *(Se disponen a recoger sus bártulos de viaje, dispersos por el suelo.)*

MIN. *(En el grupo de jugadores, pagando a Navascués de malísima gana.)* Vayan cuarenta duros de mi alma.

NAVAS. *(Cobrando enajenado.)* Vengan pa acá esos cuarenta duros de mi vía.

MIN. Así te sirvan pa botica, ladrón.

NAVAS. Oiga usté: yo estoy ganando por derecho.

RETA. *(Aparte a Navascués.)* Achántate y cobra, primo.

CARR. *(Mirando de soslayo a la partida.)* ¿Oyes, Rudesinda?

LA CA. No caigas en la tentación, Teobaldo.

CARR. ¡Como no me juegue el forro de la escarcela! Pero no sale nadie... ¡Ha de la casa!

LA CA. Aquí viene María la Pelona.

ESCENA XIV

Dichos y *María la Pelona.* A poco, *Don Gorgonio, Telesforito, Totito, Consuelo, Chiquillos* y todos, en fin.

PELO. *(Con una alegría afectada y explosiva.)* ¡Doña Rudesinda!

LA CA. *(Lo mismo.)* ¡Pelona de mi alma! *(Besos estrepitosos, achuchones, etc.)*

PELO. ¡Pero qué gorda, pero qué gordo, pero qué gordísimos están los dos!

LA CA. *(Amoscada con el cumplido.)* ¡Vaya, vaya!
PELO. ¡Vaya con Carrascosa!
CARR. ¡Vaya con la Pelona!
PELO. ¡Vaya con la Carrasco!
LA CA. ¿Tenemos habitación?
PELO. La mismita que les di a ustedes cuando estuvieron aquí ya va pa siete años... ¡Vaya con Carrasco-Carrascosa!
CARR. Basta de vayas, Pelona, que no puedo con mis huesos. Estamos reventados con quince horas de carretera. ¿Está hecha la cama?
PELO. Sí.
CARR. "Pues a deshacerla voy,
que estoy, voto a Dios, cansado." *(Hace intención de entrar en la posada, en unión de la Carrasco y la Pelona.)*
GORG. *(Saliendo muy indignado por la derecha, seguido de Telesforito y Totito.)* Oiga usté, Carrascosa. No hay que escabullirse, ¿sabe usté? Aquí hay que dar la cara, ¿usté se entera? La cara y el pelo. *(Carrascosa se vuelve, aterrado.)*
LA CA. Este hombre me horripila.
CARR. "¡Reportaos, con Belcebú!"
GORG. ¡Me jago tiestos en la mar salá! ¡Tengo la boca lo mismo que las tueras del berrenchín que trasiego!
RETA. *(Desde el grupo de jugadores.)* ¿Quieren ustés jacerme el pajolero favor de no interrumpir a unos caballeros que estamos aquí pasando el rato?
MIN. *(Tallando.)* ¿Qué rato? ¡Pasando las morás!
GORG. *(Muy alto.)* ¡Mi distinguido amigo!
RETA. *(Enarbolando una silla con enfado cómico.)* ¡Como me endiñe usté una carta, le hago tiestos la olla!
GORG. ¡Pocas bromas, Retamosa, que voy a reventá como un triquitraque! ¿No sabe usté lo que pasa? ¡Si esto clama al cielo!
RETA. *(Dejando la silla y acudiendo.)* ¿Qué pasa?
GORG. *(Hablando a borbotones de palabras indigna-*

das.) Que la Romeral, ¿sabe usté?, la primera figura de mujé de la compañía, ni cua-cuan. Vamos, que no viene: eso quiere decí ni cua-cuan. Y como ya no hay negocio, ¿sabe usté?, porque el negocio era la Romeral, yo rescindo el contrato a estos jambríos y se acabó la temporá y lo que se daba. *(Paseando a grandes zancadas.)* ¡Ni más ni menos, eso es; ni más ni menos, eso es!...

LA CA. *(Con voz alterada.)* ¿Y quién tiene la culpa de las liviandades de la Romeral?

GORG. ¡Mi distinguida amiga!

TOTI. No me llega la camisa al cuerpo.

GORG. *(Encarándose de nuevo con Retamosa.)* ¡Usté, como arcarde, resolverá lo que sea del caso! Yo, con el contrato en la mano, le digo a esta gente que ni cua-cuan. ¡Eso es!

RETA. Pues don Gorgonio tié razón que le sobra.

GORG. ¡Ah, y que apoquinen trescientas pesetas que me han sacao con engaño!

LA CA. *(Furiosa.)* ¿Trescientas pesetas?

CARR. *(Apartando a la Carrasco.)*

"A morir los caballeros,
y las damas, a rezar."

CHIQUI. *(Que acuden de nuevo al ruido de la pelaza.)* ¡Cómicos, cómicos!

LA CA. *(Angustiada.)* Esto es un calvario.

RETA. *(Enérgico.)* Don Gorgonio está en la firme y dice la chipén: o se cumple el contrato, con la Romeral a la cabeza, o no hay funciones de teatro y devuelven ustés a don Gorgonio las trescientas pesetas.

LA CA. ¡Con nuestro trabajo!

TOTI. ¡Naturalmente!

MARIO. ¡Señor alcalde!

CHIQUI. ¡Cómicos, cómicos!

RETA. ¡Lo dicho, dicho: a pagar o a la cárcel!

CARR.

"A la cárcel o al montón,
a gemir o a blasfemar."

TOTI. Pero ¿cómo vamos a tener dinero sin trabajar?

MARIO. ¿Sin que entre por la taquilla?
LA CA. Nosotros queremos pagar y no ver ni en pintura a ese negrero de don Gorgonio.
TOTI. Pero cuando no se puede, no se puede.
MARIO. "El hombre que es caballero..."
CARR. *(Interrumpiéndole con énfasis.)* ¡Silencio!... *(Pausa. Todos le miran.)* Eso no lo dice nadie más que yo. *(Se tira de los puños.)*

"El hombre más caballero,
cuando no tiene dinero,
no lo tiene y no lo paga."

GORG. *(Exasperado.)* ¿Está usté oyendo, Retamosa, está usté oyendo?
RETA. *(Calmoso y con autoridad.)* Poco a poco. Vamos a ver si por las buenas le encontramos solución a la cosa y no pasamos a mayores. ¿Pué saberse dónde se encuentra la Romeral? Lo digo al caso de que si se sabe dónde está metía, se la busca y se la trae de los cabezones, manque sea con la guardia civí, pa que haiga función esta noche. ¿Es o no es?
TOTI. Se ha escapado con el registrador.
RETA. *(Rascándose la cabeza.)* ¿Con el registradó? ¡Mala cosa! Pudiera haber entonces conflirto de autoridades, y eso políticamente no le conviene al pueblo. ¿Es o no es?
GORG. *(Terciando violentamente.)* Lo que pasa es que la Romeral era la uniquita de la compañía que podía verse por buena moza, ¿sabe usté? Tenía redondeces, tenía espetera...
LA CA. ¡Carnal!
GORG. Tenía pantorrillas.
LA CA. ¡Sátiro!
GORG. Una buena jaca, ¿sabe usté? Lo que le gusta al público. Y no las cuatro viejas que vienen en la compañía, que son cuatro loros.
LA CA. ¡Grosero! ¡Salvaje!
GORG. *(A Retamosa.)* ¿Quié usté callar a esa mujé?
CARR. *(Airado.)* ¡A esta dama!

GORG. ¡A esa mujé!

CARR. *(En un latiguillo frenético.)*
"Más pura y más honrada
que su madre de usted, ¡mal caballero!"

TELES. *(Entusiasmado.)* ¡Bravo!

GORG. ¡Eso no me lo dice usté en la calle! *(Oyese alboroto en el grupo de jugadores; todos vuelven la cara.)*

NAVAS. Copo la banca.

TELES. ¡Atiza!

MIN. *(Furioso.)* ¡A bocaos y a tiros se va a acabar esta partía! *(Talla y pierde. Escándalo. Los jugadores se levantan. Hablan todos a un tiempo.)*

ESCA. *(A Mínguez.)* ¡No se ponga usté así!

PEREZ. ¡Hay que sabé perdé!

ESCA. ¡Navascués ha ganao!

RETA. ¡Santo Cristo!

TELES. *(A Retamosa.)* Ha desbancao Navascués. Se ha levantao na más que con setecientas pesetas...

MIN. *(Que se ha puesto la americana, se ha calado el sombrero y empuñado el roten con actitud retadora.)* ¡Esto es una vergüenza, Retamosa! Usté tiene la curpa de que un perdío, un colillero, me robe setecientas pesetas, porque esto es Sierra Morena. ¡Usté tiene la curpa, y nadie más que usté!

RETA. *(Colérico.)* Pero ¿no te dije, cacho de animal, que lo dejaras dirse cuando se puso en veinte duros?

NAVAS. *(A Mínguez.)* ¡A mí no me farta usté; yo he jugao por derecho!

MIN. *(Mordiéndose los puños.)* ¡Mardita sea!

GORG. *(En el mismo plan.)* Pero ¿y mis trescientas pesetas?

COM. *(Afligidísimos.)* ¿Y nosotros? *(Confusión, gritos.)*

RETA. *(Dando un garrotazo en la mesa para imponer su autoridad.)* ¡A callarse toíto el mundo, que baza mayor quita menor, y primero son los

caballeros! *(Pausa.)* Tú, Mínguez... *(Mínguez le mira ansioso.)* To se arregla con que tengas való pa jugarte otras setecientas pesetas.

MIN. *(Tocado en lo vivo.)* ¡Que si tengo való! ¿Que si tengo való?... ¡Mardita sea! *(Metiendo mano a la cartera.)* Tú, Navascués, ¿tienes agallas pa jugarte a una carta las setecientas pesetas?

NAVAS. *(Firme.)* Sí, señó.

MIN. Pues andando. *(Pone la mesa en medio de la escena y baraja nerviosamente.)*

TELES. Navascués me entusiasma.

MIN. Aquí están mis setecientas.

NAVAS. Y aquí las mías.

TELES. Me entusiasma Navascués. Me ha dejao sin una mota, pero me entusiasma.

MIN. ¿Quién corta?

RETA. El arcarde. *(Corta. Mínguez echa dos cartas. Todos se agrupan.)*

MIN. ¿Qué carta eliges?

NAVAS. *(Muy sereno.)* La que usté deje.

TELES. Na; que me entusiasma.

MIN. Yo juego al siete.

NAVAS. Y yo al dos. *(Mínguez talla. Ansiedad en todos.)*

CARR. A mí me gusta el siete.

MARIO. Pues no que el dos...

RETA. El siete, el siete.

NAVAS. *(A Mínguez, que talla muy despacio.)* ¡Arto!

MIN. *(Fulminándole con la mirada.)* ¿Te vuelves atrás?

NAVAS. No, señó: es pa una condición tan solamente.

MIN. ¿Qué condición?

NAVAS. Que si pierde usté, insurta usté a su abuela.

RETA. Dice bien Navascués.

NAVAS. Talle usté ya. *(Mínguez descubre el dos. Clamoreo geenral.)*

TODOS. ¡El dos!

NAVAS. *(Cobrando.)* Vengan los billetes.

MIN. *(Tirando las cartas de una manotada y marchándose ciego de ira.)* ¡Mardita sea!...

NAVAS. Su abuela de usté. *(Levantando en alto los billetes.)* ¡Mil cuatrocientas pesetas, Telesforito!

TELES. Que sea norabuena, Navascués. *(Todos rodean a Navascués. Hay distintos comentarios:* ¡Qué bárbaro! ¡Qué tío! ¡Qué bruto!, *etc., etc.)*

ESCENA XV

Dichos, menos *Mínguez.*

GORG. *(Volviendo a la realidad.)* Pero ¿y mis trescientas pesetas?

COM. ¿Y nosotros?

GORG. ¿Y mis trescientas pesetas?

NAVAS. Tome usté ya sus trescientas pesetas y cierre usté el pico, don Gorgonio, que raja usté más que una cotorra. *(Se las da.)*

RETA. ¡Así se hace!

CON. ¡Bien por Navascués!

GORG. *(Entre colérico y humillado.)* No sé si tomarte el dinero o tomarte la cara.

RETA. ¡Eso no está bien, don Gorgonio! Cobre usté lo suyo, y a casita.

NAVAS. *(Mientras paga a don Gorgonio.)* Usté ha de servirme a mí una caña de cerveza en una batea. Téngalo usté apuntao. *(Don Gorgonio quiere contestar. Todos se le echan encima.)*

TODOS. ¡Fuera, fuera!

NAVAS. ¡A juntarse con Mínguez! *(Vase don Gorgonio.)*

ESCENA ULTIMA

Dichos, menos *Don Gorgonio.*

NAVAS. *(Volviéndose a los cómicos, que le miran estupefactos.)* ¡Ea! ¿Qué pasa en Cádiz? ¿Que un empresario se ha rechiflao? Pues aquí hay otro empresario con mil cuatrocientas beatas pa perderlas. Yo me hago cargo del negocio ahora mismito.

LA CA. ¡Cielos!
MARIO. ¡Chóquela usté! *(Le da la mano.)*
RETA. *(Lo mismo.)* Eres más valiente que Prim.
CARR. *(Idem.)*

"A cada vez que te veo,
nueva admiración me das,
y mientras te miro más,
más admirarte deseo."

RETA. ¡Lástima de pesetas! Los dineros del sacristán, cantando se vienen y cantando se van.
NAVAS. ¡Miau! ¡Hasta las tejas va a ser el lleno de esta noche! Telesforito: ya verás el burujón de gente que viene a la taquilla en cuanto el pueblo se entere de quién debuta con "Marianela".
LA CA. ¿La Romeral?
NAVAS. ¿Quié usté callarse? *(Tomando de la mano a Consuelo y colocándola en primer término.)* Este pimpollo: Consuelo Máiquez Gallardo, aquí presente, que va a hacer una "Marianela" como pa comérsela.
CON. ¡Bendita sea tu boca!
LA CA. ¿Esa piruja?
CARR. *(Como recordando.)* ¿Consuelo Máiquez? ¿No es ésta la hija de Manolo Máiquez y de la Gallardo, que dejaron aquí abandonada hace quince años?
PELO. La mesmita, sí, señó. Y que se da una idea pa el teatro que emborracha el sentío oírla decí versos. ¡No saben ustés las tablas que tiene ese demonio! Yo la he servío de madre a farta de la suya, que bien mala fué con ella.
CARR. ¡Loado sea Dios, que ya tenemos dama joven!
LA CA. ¡Y barata!
TELES. *(A Retamosa.)* ¿Sabe usté que tié razón ese indino? Esto va a chocá mucho en el pueblo y van a vení esta noche como moscas.
RETA. Y va a ganá dinero. Tos los pillos tién suerte.
TELES. Yo no sé lo que haría Napoleón en el paso

de las Tremópilas; pero en el paso de hoy y en el pellejo de Navascués, no hace más que Navascués.

NAVAS. *(A Consuelo.)* Por ti me meto a empresario, Consueliyo, y no es porque me gustes... Tú no eres mi tipo, ¿sabes tú? Es que tú has cogío colillas pa mí con esos deítos de nardo, y ¿qué menos que yo te pague con lo que tengo? Sobre que me da el corazón que tú vas a sé la reina del teatro, y yo el rey de los prutócratas.

CON. Eres más salao que un higo chumbo, Navascués.

NAVAS. Eso no es salao, eso es fresco.

CON. Pos fresco eres.

NAVAS. Pos vaya que sea. ¡Telesforito: tu perra gorda se ha convertío en mil cuatrocientas pesetas! ¡Este es el conquíbilis del porqué de la cosa!

TELES. ¡Me entusiasma este tío!

NAVAS. Y pa que tú veas quién soy yo, ahí va la perra gorda: te la devuelvo. *(Le da diez céntimos.)*

TELES. *(Guardando la moneda.)* ¡Na; que me entusiasma!

NAVAS. ¡Así hace las cosas Navascués, Telesforito!

TELES. ¡Me entusiasma este tío! *(Algazara.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Decoración pueblerina de huerto o jardín, con arbolado enano y raquítico, rodeado de verja que deja columbrar el fondo de paisaje. En el centro de este huerto hay un teatro de verano cuya fachada trastera es precisamente la que advierte el público. Sobre una de las puertas hay un letrero que dice: "Escenario". En primer término, a la izquierda, descúbrese algo semejante a un pabellón con puerta muy enguirnaldada de trepadoras, que deja ver un rincón de patio diminuto y florido, todo muy blanco y limpio. En el rincón del foro derecha se adivina entre el ramaje, más bien que se advierte, el mostrador de un ambigú, del que parten

grupos de sillas y veladores hasta primer término. En la puerta del pabellón hay mecedoras y sillas bajas. De las paredes penden búcaros y tallas de la Rambla, rezumantes de agua fresca. Es de día.

ESCENA I

Carrascosa, La Carrasco, Peralta y *Canseco* toman café agrupados ante un velador de la derecha. *Navascués* y *Torija,* en otro velador, despachan correspondencia. En un tercer velador toman café (dijérase mejor acíbar) *Mario Luna,* galán joven de la compañía, y una actriz conocida por *La Relojera,* a quien soporta como un castigo. Un *Camarero* va y viene, atendiendo al servicio. *Dolores,* muchachita andaluza, feílla de cara y agraciada de espíritu, va del pabellón al teatro, llevando sillas para el ensayo y atisbando, si puede, una palabra suelta. De cuando en cuando *Don Felipe Calle* asoma el rostro, curioso, por el foro, como acechando una ocasión propicia para entrar sin ser advertido. También hace el mismo juego *Manolo Máiquez.* Bueno es advertir que el indumento de *Carrascosa, La Carrasco* y demás cómicos denota una reciente prosperidad, que se traduce en pieles, sombreros y joyas de bisutería. Unicamente *Mario Luna* es sencillo y sobrio. *Carrascosa,* soplado de vanidad infantil, está imponente de majestad y suficiencia, mordiendo un puro cuya faja no ha quitado. *Navascués,* que lee telegramas y hace apuntaciones en un cuaderno, le mira de cuando en cuando con indignación y desprecio. Este personaje, que no ha perdido su aire de franca llaneza, lleva también buena ropa, pero con desaliño. Su tipo es más rollizo que en el primer acto. Lleva, eso sí, su buen alfiler, su buena cadena y su buena tumbaga de enorme solitario. Su aire es resuelto, un poco jaque y un algo insolente. *Torija,* tipo de croupier, es insignificante. Otros actores y actrices entran y salen, se sientan y se levantan, según convenga al movimiento de la escena.

NAVAS. Hay que vé Carrascosa: ¡está más soplao que un pito de la feria! *(Toma un telegrama que le da Torija.)*

CAMA. *(A Carrascosa, en el grupo de los cómicos.)* ¿Taza o vaso?

CARR. Taza.

NAVAS. *(Leyendo el telegrama.)* ¡Valiente diferencia, camará!

TORIJA. "Andújar, tarde y noche, diez mil novecientas pesetas"

NAVAS. ¡Eso se llama tirá a la rueda con salero!

TORIJA. ¡Vaya unos deos los del Chele, con las bolas!

CARR. *(A sus compañeros.)* Ese brigante de Navascués está leyendo los telegramas de las bancas que tiene por ahí.

PERAL. ¡Vaya un punto!

CANSE. ¿Que vaya un punto? ¡Vaya un banquero!

RELOJ. *(A Mario Luna, bajo y reconcentrado.)* ¡A ti te gusta la Máiquez! ¡A ti te gusta la Consuelo!

MARIO. ¡Calla, mujer, que nos están mirando!

RELOJ. ¡A ti te gusta esa niña!

MARIO. ¡Chiss!

RELOJ. ¡Canalla!

MARIO. ¡Dios me tenga de su mano!

RELOJ. ¡Hemos concluído!

MARIO. ¡Si fuera verdad!

RELOJ. ¡A ti te gusta la Máiquez!

MARIO. *(Desesperado.)* ¡Pues me gusta, ea! ¿Qué pasa? *(El diálogo, que ha sido muy vivo y bajo, se interrumpe por una bofetada que propina La Relojera a Mario, que suena como una palmada seca, que todos oyen, pero que nadie ve.)*

CAMA. *(Acudiendo.)* ¿Qué va a ser?

MARIO. *(Mirándole escamado.)* ¡Zarzaparrilla!

CAMA. ¿En vaso?

MARIO. ¡En cubo! *(Levántase y pasea nervioso; vase el camarero extrañado.)*

NAVAS. *(Leyendo otro telegrama.)* "Baeza: tres mil cien pesetas."

TORIJA. *(Abriendo otro.)* "Mancha Real: mil setecientas pesetas."

NAVAS. Esta es un ruletilla de na y mira que suda lo suyo.

TORIJA. *(Con otro telegrama.)* "Linares."
NAVAS. *(Descomponiéndose de pronto.)* ¡El que me tiene negro es ese charrán!
TORIJA. ¿El Chupacharco?
NAVAS. ¡El facineroso ése! Me roba a caño libre y me pide fondos como las balas. ¿Pero tú has visto? ¡Mala puñalá le peguen!
TORIJA. Ya le dije a usté que ese niño se buscaba la vida.
NAVAS ¿Por qué serán lilas los honraos y listos los ladrones?
MARIO. *(Pasando de refilón al lado de La Relojera.)* Por prudencia paso lo mío y me aguanto, ¿sabes tú?
RELOJ. ¡Ya hablaremos, galán, ya hablaremos!

ESCENA II

Dichos y *Totito*. Totito es el galán joven cómico de la compañía Carrasco-Carrascosa.

TOTI. *(Acercándose muy ceremonioso a Carrascosa.)* Don Teobaldo.
CARR. Diga el doncel.
TOTI. ¿Tengo yo ensayo?
CARR. ¿Ha leído el imberbe la tablilla?
TOTI. No, en mis días.
CARR. Pues ha de saber el mancebo que el artista está obligado a enterarse por sí mismo de su sagrada incumbencia.
TOTI. No le conozco a usted, don Teobaldo.
CARR. "¿Quién nunca a ti se volvió
ni quién osa hablarme así,
ni qué se me importa a mí
que me conozcas o no?"
MARIO. No tienes ensayo, hombre. No se pasa más que "Los amantes de Teruel", escenas, y "Mariana", escenas.
TOTI. *(Separándose de Carrascosa.)* Acabáramos.
CARR. *(Escandalizado.)*
"O témpora, o mores!"

Ya no hay jerarquías, ni se respetan los prestigios, ni se acata la dirección.

NAVAS. *(Poniendo un sobre, muy nervioso.)* La dirersión es la que no me dejan poné con tanta bulla. *(A Torija.)* Arrambla con los avíos de escribí y vámonos a otra mesa. *(Al pasar.)* Tú, Mario.

MARIO. Mándeme usté.

NAVAS. Tengo que hablá contigo mano a mano.

MARIO. ¿Ahora mismo?

NAVAS. Más tarde.

MARIO. ¿De qué se trata?

NAVAS. *(Viendo salir del pabellón a Consuelo seguida de María la Pelona.)* ¿De qué se trata, de qué se trata?

MARIO. ¿De ella?

NAVAS. Esa rosa no es pa ti.

MARIO. ¿Qué está usté diciendo?

NAVAS. *(Retirándose al fondo con Torija.)* Que luego hablaremos. *(Mario entra en el escenario. La Relojera se levanta y le sigue.)*

ESCENA III

Carrascosa, La Carrasco, Peralta, Canseco, Totito, Consuelo, María la Pelona, Dolores, Navascués y Torija en el foro. Consuelo tiene un aspecto de personita ya formada, con cierto aire de distinción natural. No ocurre esto con la señá María la Pelona, que sigue siendo la misma del primer acto, aunque emperifollada como persona de clase.

LA CA. ¿Adónde vas, Consuelo?

CON. A la tienda.

PELO. A comprá golosinas pa la merienda del tren. He visto un jamón serrano que engorda una na más que con olerlo.

LA CA. *(A Consuelo.)* ¿Te vas contenta?

CON. Ni contenta, ni triste.

LA CA. ¡Ingratona!

CON. Deseando volver. Es mucho lo que me tira la compañía. *(Asoma Mario a la puerta del esce-*

nario y al ver a Consuelo se retira vivamente.)

LA CA. *(Con un guiño expresivo.)* ¿La compañía o alguno de la compañía?

PELO. No suena el río por las piedras que usté se cree que lleva. *(Tirando de Consuelo.)* ¡Vámonos, niña!

CON. *(A Dolores.)* Ata el portamantas, Dolores, que la madrina no tiene fuerzas.

DOLO. Gloria que usté me mande. *(Entra en el pabellón. Vase Consuelo por el foro seguida de María la Pelona.)*

ESCENA IV

Dichos, menos *Consuelo, María la Pelona* y *Dolores. La Relojera* vuelve y ocupa su silla al lado de La Carrasco.

LA CA. *(Por Manolo Máiquez, que acaba de pasar por el foro.)* Qué mal encarado es ese hombre.

RELOJ. Será algún dependiente de Navascués.

TOTI. Pues otro forastero sospechoso anda rondando el teatro, que me parece a mí que algo se trae y mucho se quiere llevar.

LA CA. ¿Hablas por enigmas, Totito?

TOTI. Ya verá usted la solución de la charada, doña Rudesinda.

CANSE. *(Llevándose aparte a Totito.)* Me figuro quién dices. También a mí me ha chocado el hombre. ¿Tú lo conoces?

TOTI. ¡Anda éste! Vosotros, como sois cómicos de la pipi, no conocéis ni de vista a los peces gordos del teatro. Yo sí.

CANSE. Dime quién es, hombre, que me tienes en ascuas.

TOTI. Pues es ni más ni menos que don Felipe Calle, representante del teatro Español de Madrid.

CANSE. ¡Abrete, tierra! Pues es un notición como para cogerse uno una oreja y no alcanzarse a la otra. Porque ese tío viene para contratar a Consuelo.

TOTI. Si tenía que suceder, Canseco. Si es mucha cómica esa niña.

CANSE. Pues nos hace un pie agua con su mérito.
TOTI. Está el tío que no se mueve de Telégrafos.
CANSE. ¿Para qué no te llegas allí y buscas al oficial Pepe Camacho, que es uña y carne de Navascués?
TOTI. ¿Y tomo su nombre?
CANSE. Y metes la cuchara en lo que se cuece, Totito. Mira que nos va el piri a todos.
TOTI. Me gusta la idea. Hasta luego. *(Vase Totito.)*
CANSE. ¡Qué barbaridad! *(Vuelve al grupo de Carrascosa.)*

ESCENA V

Dichos, menos *Totito.*

CANSE. *(A Carrascosa, mirando al reloj.)* La hora del ensayo, don Teobaldo.
CARR. Vamos allá, Canseco. *(A La Carrasco.)* Deja que entren los señores, Rudesinda. Tengo que hablar contigo breves momentos. *(Peralta y Canseco entran en el escenario.)*

ESCENA VI

Carrascosa y *La Carrasco.* En el foro, semiocultos, *Navascués, Torija* y el *Camarero.*

LA CA. Me asustas... ¿Pasa algo?
CARR. No tiembles. Es sólo para decirte que vamos a ensayar "Mariana". Tú sabes lo ardientemente que deseo un gran triunfo para ti. Es necesario, pues, que nos pongamos de acuerdo para ligar la frase, para cincelar la palabra en una fina orfebrería de entonaciones altisonantes.
LA CA. Ya sabes, Teobaldo, que te amo como marido, te respeto como director y te admiro como artista.
CARR. Para evitar interrupciones en el ensayo, fíjate bien en la escena de las arracadas. El valor intrínseco de la frase echegarayesca es éste:

"Mariana.—¿De modo que ya no hay esperanza? Daniel.—¿Esperanza de qué? Mariana.—De que don Cástulo complete la pareja. Su padre de usted no querrá desprenderse de objeto tan precioso." Vamos ahora al valor declamatorio y estético.

LA CA. *(Entusiasmada.)* Te adivino, Teobaldo, te olfateo.

CARR. ¿Cómo lo dirías?

LA CA. *(Declamando por los cerros de Ubeda.)* "¿De modo que ya no hay esperanza?"

CARR. *(Lo mismo.)* "¿Esperanza de qué?"

LA CA. *(Iniciando un latiguillo tremendo.)* "De que don Cástulo complete la pareja..."

CARR. ¡Transición!

LA CA. *(Vertiginosamente.)* "De que don Cástulo complete la pareja. Su padre de usted no querrá desprenderse de objeto tan precioso."

CARR. Es necesario que esa réplica sea una catarata como para enloquecer al público. *(Y entran marido y mujer en el escenario, mientras repiten casi a dúo: "¿De modo que ya no hay esperanza" etc., etc.)*

ESCENA VII

Dolores, que sale a la puerta del pabellón. *Don Felipe Calle,* que viene por el foro.)

CALLE. Diga usted, buena moza, ¿vive aquí la señorita Consuelo Máiquez?

DOLO. ¿La cómica?

CALLE. La misma.

DOLO. Sí, señó; aquí vive.

CALLE. ¿Está en casa?

DOLO. Ha salío.

CALLE. ¡Qué lástima!

DOLO. Pero viene volandito, ¿sabusté? Ha salío na más que pa comprá cuatro chucherías pa la merienda.

CALLE. ¿Qué merienda?

DOLO. La del tren.
CALLE. ¿Se marcha?
DOLO. Esta misma tarde.
CALLE. ¿Adónde?
DOLO. Al campo a descansá.
CALLE. Trabaja mucho la pobre.
DOLO. Es el alma de la compañía, ¿sabusté? Ella trabaja en to.
CALLE. Y es la que da el dinero en la taquilla.
DOLO. Eso mismito. Los demás no sirven ni pa llevarle la canasta. Es mucha cómica la señorita Consuelo.
CALLE. Ya, ya.
DOLO. Mire usté si será, que esta noche, que no trabaja ella—y que se da la función na más que pa darle de comé a los cómicos—no se ha arrimao bicho viviente a la taquilla. Está el señó de Carrascosa que babea, porque echan "Los amantes de Teruel". A mí me da en la nariz que no va a habé un desesperao que compre un billete. Toítas estas mañanas había cola en la taquilla pa ve trabajá a la señorita Consuelo. Hoy si se arrima un perro a la fachá del teatro es pa levantá la pata y jacé una gracia.
CALLE. Y dígame usted, niña bonita: ¿quién vive en este patio tan mono y tan limpito?
DOLO. Mi padre, que es el conserje del teatro y del casino de los señores.
CALLE. ¿Y toman ustedes huéspedes?
DOLO. Los cómicos por el aquel de viví tan a la vera del teatro. Pueden colarse en el escenario hasta vestíos, sin que nadie los vea.
CALLE. ¿Y paran en la casa otros cómicos, además de la señorita Consuelo?
DOLO. Sí, señó. Tenemos a don Teobaldo Carrascosa y a doña Rudesinda Carrasco. Tenemos al apuntadó, que se llama Guzmán. Tenemos...
CALLE. *(Interrumpiendo.)* Pues oiga usté, preciosa: cuando venga la señorita Consuelo, yo quiero hablar con ella sin que se enteren los cómicos. Dígale usté que aquí ha estado don Felipe.

Calle, representante de la Empresa del teatro Español de Madrid, que tiene que hablar reservadamente con ella, pero ya le digo que de esto ¡chitón a los cómicos!

DOLO. *(Tratando de retener el nombre.)* ¿Don Felipe Calle?

CALLE. Representante de la Empresa del teatro Español de Madrid.

DOLO. No se me orvía, don Felipe.

CALLE. Pues tome usté un durito para comprarse alfileres, por esa memoria tan despierta.

DOLO. Muchas gracias, don Felipe...

CALLE. Calle...

DOLO. Representante de la Empresa del teatro Español de Madrid. Que no se me orvía, no.

CALLE. Y vaya la última pregunta.

DOLO. Venga de ahí, don Felipe.

CALLE. ¿Quién es el empresario de la señorita Consuelo?

DOLO. El señó de Navascués.

CALLE. ¿Ese animal que tiene la banca en el casino?

DOLO. Y que está podrío de rico, sí, señó. *(Viendo venir a Consuelo acompañada de María la Pelona.)* Aquí está la persona que usté busca, don Felipe.

ESCENA VIII

Dichos y *Consuelo* con la señá *María la Pelona.* Traen paquetes en la mano, que entregan a Dolores. Calle se dirige a ellas con toda amabilidad y finura.

DOLO. *(Adelantándose.)* Señorita Consuelo: este caballero pregunta por usted.

CON. *(Sorprendida.)* ¿Este caballero?

CALLE. Yo mismo.

DOLO. Es don Felipe Calle.

CALLE. Más bajo.

DOLO. Representante de la Empresa del teatro Español de Madrid.

CALLE. Te digo que más bajo.

DOLO. Es verdá: se me había olvidao que no quiere que los cómicos sepan una palabra de lo que tiene que tratá con ustedes.

CALLE. Tú te pones a la mira y, si viene algún cómico, avisas.

DOLO. Correndito. *(Vase.)*

ESCENA IX

Dichos, menos *Dolores*.

CON. Pase usted al teatro.

CALLE. Si hay actores, lo mejor es no entrar. Tengo que hablar con usted de un asunto de la mayor importancia. Aquí mismo, en este simpático jardín, puedo exponer a usted mi pretensión. Dolores nos avisará si alguien nos interrumpe. Me figuro la situación de usted con la compañía. Por lo tanto, hasta que esto cristalice o no, bueno será mantener un poquitín de reserva. Por mí lo digo, antes que por usted.

CON. ¿Dice usted que tiene que hablarme reservadamente?

CALLE. Y de un asunto que le interesa a usted una enormidad.

CON. ¿En serio?

CALLE. ¿Tengo yo cara de broma?

PELO. Se me está figurando, don Felipe, lo que usté se trasiega pa mi niña, y de pensarlo mismamente el corazón me da ca golpe en la caja del pecho como si fuera una pelota en la cancha de un frontón. Porque esto es un contrato. Usté ha venío pa contratá a mi niña pa el Español de los Madriles... Esto es más fijo que la má. En la cara se lo estoy leyendo a su mercé. ¿A que sí? ¿A que sí? ¿A que sí?

CALLE. Pues sí, señora, sí, a eso he venido.

CON. ¿A contratarme?

CALLE. A contratarla a usted para el teatro Español, si usted no tiene, como me figuro, pretensiones exageradas. Pero Consuelo, Consuelito, hija de

mi alma—y perdone esta confianza a los cinco minutos de conocerla—. ¿Es posible que malgaste usted ese talentazo que Dios le ha dado en estos pueblos de pesca que confunda Dios? ¿No sabe usted, criatura, que en Madrid están haciendo falta actrices y que es usted la predestinada, la única? Esto se lo digo a usted con la mano puesta en el corazón, y a fé de catador teatral, que no marra en el pronóstico. Como todo se sabe, como nada hay oculto en este mundillo de bastidores, a Madrid ha llegado la fama de los triunfos pueblerinos de usted y como lo que hace falta son intérpretes, porque si no el teatro se va—y esto se lo remacha a usted un catador que sabe más que la paloma azul—, pues me dijo la Empresa: "Calle: hay que tomar el tren para ver trabajar a ese prodigio, y telegrafíe usted con su opinión, para contratar a esa señorita, si es verdad lo que se dice."

PELO. ¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea Dios!

CALLE. Y aquí me tienen ustedes indignado de ver trabajar a esta niña sublime en una compañía de bandidos.

PELO. ¡Y que lo diga usté, don Felipe!

CALLE. De canallas, de perros...

CON. ¡Por Dios!... ¡Pobrecitos!

CALLE. ¡Pobrecitos, sí, pero muy malos! Sería un contradiós, señorita Máiquez, que usted se amanerase y se malograra trabajando un momento más con esos sinvergüenzas — digo sinvergüenzas en el sentido artístico, no se altere usted—. Y a lo que ibamos: anoche mismo, al terminar la función, telegrafié a Madrid diciendo la verdad de mis impresiones y vean ustedes la respuesta, que no se ha hecho esperar. *(Desdobla un telegrama.)*

PELO. *(Muy conmovida.)* ¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea Dios! ¡Las arropías cordobesas ya vinieron! ¡Ya están ahí las arropías cordobesas!

CON. Madrina: ¿quiere usted dejar al señor que lea su telegrama?

CALLE. Francamente, señora; no sé lo que quiere usted decir con eso de las arropías cordobesas.

PELO. Son unos dulces entrelargos, ¿sabusté? que paecen barritas de lacre, pero blancas, y que dejan un paladá como el merengue. Cosa de chuparse una los deos, don Felipe. *(A Consuelo.)* No me claves la vista, mujé, que paece que estás haciendo "Mancha que limpia".

CON. Dispénsela usted, caballero.

CALLE. ¿Es su madre?

PELO. Como si lo fuera. De mis naguas no se ha separao ni el canto de una uña. Buen ejemplo, porque sí, porque Dios ha querío que la niña se criara en cá de María la Pelona, que será to lo burra que usté quiera, pero que tiene un corazón tan grande, que las palpitaciones le llegan hasta el ombligo.

CALLE. Razón de más para que usted incline el ánimo de Consuelo a la aceptación del contrato que aquí se le propone. *(Leyendo el telegrama.)* "Conocida su impresión favorable, ofrezca señorita Máiquez puesto otra primera actriz teatro Español, sueldo doce duros, debut obra elección suya, beneficio cincuenta por ciento, duración mínima contrato, dos años. Urge aceptación telegráfica para publicar listas. Salude nuestro nombre futura gloria escena española. Empresa teatro Español." Este es el telegrama. Ustedes dirán qué es lo que contesto.

PELO. ¡Cuando yo decía que las arropías cordobesas ya vinieron! ¡To llega en este mundo, que hay más días que ollas y a ca marrano le llega su San Martín! ¿Qué dirá la Zenítram cuando se entere? ¡Esa mala lengua que se recomía de envidia cuando le tocaban las palmas a mi tesoro!

CALLE. ¿La Zenítram?

PELO. Una mala cómica, más cursi que comé cangrejos con tenedó. Pero, eso sí, con muchos per-

gaminos y una barbaridá de sangre azú; tanto, que por no dehonrá su apellío en un escenario se lo puso del revés en los carteles, y de "La Martínez" que era, vino a llamarse "La Zenítram", que es lo mismo, sólo que al revés. ¡Diabluras que hacen las princesas cuando se vuelven históricas! ¡Miste que no arrastrá por el fango el noble apellío de los Martínez! ¡Ja, ja, ja, ja!

CALLE. Bueno, bueno. Aquí lo interesante es que la niña conteste a esta proposición.

PELO. Por sabío se calla, que contesta que sí.

CALLE. Pero es ella, señora, quien tiene que decirlo.

CON. Mire usted, señor Calle: yo estoy muy agradecida, puede usted creerme que estoy muy agradecida, pero mucho, al paso que acaba usted de dar en nombre de la Empresa que usted representa. Yo quisiera que viera usted mi corazón... Estoy nerviosa, no lo puedo remediar. La proposición de usted me confunde, me anonada, me llena de dudas y me hace sufrir... Yo comprendo que me ofrece usted la ocasión de revelarme ante un público que todo lo da y que todo lo quita... Yo sé que me ofrece usted en estos momentos un porvenir brillante, de lucha, de gloria, de riqueza quizá. Todo eso lo veo y no tiene usted que encarecerlo... Gracias, gracias, señor Calle, muchas gracias con todo mi corazón. Pero aunque a usted le parezca imposible, yo no acepto, no puedo aceptar su ofrecimiento.

PELO. ¿Pero está loca esta niña?

CALLE. ¿Piensa usted lo que dice?

PELO. No haga usted caso, don Felipe.

CON. Madrina, por Dios, déjeme usted solita, que soy la única que ha de decidir en esta cuestión.

PELO. Si to ese discurso es pa sacá tres duros más en el contrato, me paece muy bien hablao to lo que has dicho. ¿Verdad, don Felipe? ¿Nos corremos hasta los quince durillos?... ¿Sí?...

CALLE. Ha llegado usted al límite de mis instrucciones respecto a sueldo.

PELO. Pos vaya que sea. Es un contrato de quince duros que se te entra por las puertas, y na menos que pa Madrid.

CON. Si no es eso. Si no es el dinero, madrina, si no es el dinero. Parece mentira que no lo comprenda usted, señora. Es que yo no puedo, por mí misma, abandonar a mis compañeros. Ha de saber usted, señor Calle, que yo no tengo padre ni madre, ni más familia que estos pobres cómicos de la legua. Ellos me llevaron en su carreta por esos caminos, de feria en feria. Con ellos he pasado miserias, hambres, enfermedades y penas. Conmigo repartieron su pan. Me enseñaron a leer, a escribir, a hablar. Me quieren como una hija, como una hija de todos ellos. Me miman, me tienen como a una Virgen en su altar. Usted sabe cómo vivimos. Usted sabe que nos repartimos el dinero de las entradas, como toda compañía de partido, en sueldos, medios sueldos y cuarterones. Esta semana hemos salido a veinticuatro sueldos y un cuarterón. ¿Y cómo quiere usted que cuando alcanzamos esta prosperidad, que parece un sueño, sea yo, la niña mimada por todos, el peor cuchillo para ellos y los arruine y deshaga la compañía y los lleve nuevamente a la miseria, que ahora será definitiva, porque los pobres ya son viejos y sólo les espera el asilo o el hospital? Yo no puedo, señor Calle, dispénseme usted. Yo no tengo corazón para tanto y comprendo que es mi porvenir lo que sacrifico. Pero hágase usted cargo... Perdóneme usted...

CALLE. ¡Pobre Consuelo! Ahora sí que la digo, suceda lo que suceda, y nos arreglemos o no, que ha crecido usted a mis ojos lo que no puede imaginarse. Quien atesora tales sentimientos no tiene más remedio que ser una gran artista por temperamento, por corazón y porque Dios lo quiere. No venía yo equivocado, no. Usted es

la actriz que nos hace falta, y ni a tres tirones me resigno a marcharme con las manos vacías.

PELO. *(Indignada.)* ¡Pues no faltaba más, sino que por cuatro espeleríos de hambre, que se pasan la vía jugando al chamelo y hablándolo to con la ese, fuera esta infeliz a perdé una proporción que, de bóbilis-bóbilis, le coloca una corona en la mano y un cetro en la cabeza! ¡Voto a Dios, como dice Carrascosa, que no será y no será!

CON. ¡Madrina!

PELO. *(Estallando.)* ¡Qué madrina, ni qué jinojo! ¡Y no me atosigues más, mujé, que voy a echá las patas por alto y a sortá palabrotas—que tú ya me conoces—y va a tenerse que volvé pa Madrid aquí, el amigo, teniendo que contá, y no dinero!

CALLE. ¡Calma, calma! Vamos a ver si entre todos encontramos una solución que satisfaga los escrúpulos de Consuelo.

PELO. ¡Don Felipe!

CALLE. Déjeme usted hablar, señora. Por la salud de las arropías cordobesas se lo pido a usted, Déjeme usted un momento no más en el uso de la palabra. Oigame usted, Consuelo: antes de proponerle a usted el contrato, quise—por vía de precaución—que los cómicos ignoraran mi presencia en el pueblo. Ahora, oídas las conmovedoras razones que usted alega para no aceptar, soy yo el primero que desea que los cómicos se enteren de todo; y si usted me autoriza, soy yo el que quiere dirigirse a ellos para exponerles este caso de conciencia; para pedirles que ellos mismos la dejen a usted en libertad. A esto no puede usted negarse, ni ellos tampoco.

CON. No sé qué decirle... No tengo valor.

CALLE. A mí no me puede usted impedir que yo hable con sus compañeros.

PELO. ¿Y si complicamos en to este tramojo a Navascués? ¿He dicho algo?

CALLE. Navascués... ¿querrá?

CON. Navascués no quiere más que mi bien.

CALLE. Pues entonces me río yo de las dificultades. A Navascués apelamos en recurso de alzada.

CON. *(Vivamente.)* No, déjeme usted a mí.

CALLE. ¿No quiere usted que hable yo con los actores?

CON. No, señor; y para probarle mi buena voluntad, yo misma voy a consultarlos.

CALLE. ¿Usted?

CON. Yo les sondearé, procuraré poquito a poco hacerles las entrañas, persuadirles. Y si se convencen buenamente, le prometo a usted aceptar el contrato. Mi separación de ellos ha de ser una despedida, no un desgarramiento. Comprenda usted.

CALLE. Comprendo... y espero.

PELO. ¡Ay, don Felipe!; me da en la narí que va usted a tené que contratá a toa la compañía.

CALLE. ¡Qué disparate! *(A Consuelo.)* ¿Cuándo vuelvo?

CON. Nos vamos al campo dentro de muy poco. No se aleje usted mucho.

CALLE. Entendido.

CON. Hasta luego, señor Calle.

CALLE. A los pies de usted, Consuelito.

PELO. *(Aparte.)* Yo meteré un capote que ni el divino Calvo. *(Consuelo entra en el pabellón.)*

ESCENA X

María la Pelona, que se entretiene un poco recogiendo los paquetes que traía de la tienda. El *Camarero,* que aborda a *Don Felipe Calle* cuando éste va a salir y, finalmente, *Manolo Máiquez,* por la izquierda, que corta el camino a la *Pelona* cuando ésta pretende entrar en el pabellón.

CAMA. Oiga usté, caballero: el señó de Navascués me encarga que le diga que haga usté el favó de arrimarse a su mesa.

CALLE. ¿Y dónde está?

CAMA. Allí: a la vera del mostradó. *(Calle y el Cama-*

rero hacen mutis por el foro, donde quedan semiocultos con Navascués y Torija.)

ESCENA XI

María la Pelona y *Manolo Máiquez.* Es un tipo de perillán inteligente y corrido. La moda indefinible de su vestido y la presentación de su individualidad indica a las claras un malogrado esfuerzo por presentarse al mundo como persona distinguida y de posición desahogada.

MAIQ. Oiga usted, María la Pelona: venga usted para acá. *(Trata de atraerla a un rincón del escenario.)*

PELO. ¿Qué se le ofrece a usté? *(Le mira con descaro y perplejidad.)*

MAIQ. ¿Usted no me conoce?

PELO. Ni farta que me hace.

MAIQ. ¿No me ha visto usted en su vida?

PELO. Yo he visto muchos espantapájaros; pero la jeta de usté es la primera ve que se me graba.

MAIQ. ¿Por qué es usted tan fina?

PELO. Porque pa mí que viene usté con el sable desenvainao, y es güeno que usté sepa que por acá gastamos una coraza que ni el "Arfonso trece".

MAIQ. Pues no soy sablista, señora Pelona. No vengo a pedir, ¿usted me oye? Ni a suplicar, ¿usted se entera? Vengo a mandar y a mandar en jefe. Hace muchos años que tiene usted entre las uñas un tesoro que es mío, como son mías mis camisas, mis calzoncillos, mis babuchas. *(Mirándola como si fuera a hipnotizarla.)* ¿No se hace la luz en el empedrado cerebro de usted? ¿No le dicen a usted nada mi boca de presa, mi nariz de águila, mis ojos de lince? ¿Qué es es eso de jeta, mala pécora? ¿No hay en la buhardilla de su memoria, al lado de tanto y tanto cascote, un recuerdo de diez y siete años fecha que la identifique mi rostro, mi fisonomía, mi cara (nada de jeta, ¿eh?) con la cara,

con el rostro, con la fisonomía de un padr desgraciado?

PELO. *(Estupefacta.)* ¡Jesús, María y José!

MAIQ. ¿Vamos cayendo de la burra?

PELO. ¡Esto es un terremoto; esto es una catacombe esto es una apocalirsi! ¡Ni que la tierra s abriera y me tragara, me dejaría más patitie sa! ¡Jesús, Jesús! ¡En el nombre del padre!

MAIQ. Basta ya de exclamaciones, señora, y vamos a avío.

PELO. ¿Qué avío ni qué niño muerto? Aquí no ha más avío que se vaya usté noramala. ¿Qué s piensa usté? ¿Qué se ha llegao usté a figurá ¡So granuja, so pendón! ¿Y tiene usté való d presentarse?

MAIQ. Sí, señora; tengo ese valor, ¡pues no faltab más! Y pare usted la jaca y tenga la lengua quieta, que también voy a decirle las verdades Iba usted muy bien en el machito, ¿verdad? Explotando la niña y tirándoselas de madre d una hija que se encontró en su casa com llovidita del cielo. Pues se acabó el carbón, señora mía. Aquí está su padre, que la reclama en virtud de un derecho indiscutible. Es una menor y está bajo mi patria potestad. Es m hija querida, y en todos estos años de destierro ni un solo momento ha dejado de ocupar en m corazón el lugar que le pertenece. La fatalidad me la arrebató. La vida me la devuelve. ¿No lo entiende usted? Pues hablo bien clarito.

PELO. Lo que usté quiere es el sueldo de la niña; lo que usté quiere es comé a dos carrillos. Tan y mientras era gravosa la infelí en casa ajena, andaba usté perdío por el mundo. Y ahora que la niña lo gana, sale usté del centro de la tierra pa comerle un costao y pa matarla con la vergüenza de sé la hija de un charrán pregonao como es usté. ¡Pos no será y no será! ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, madre mía! ¡A mí me va a da una convursión! ¡Esto es una desgracia mu grande!

MAIQ. ¡Ea, menos papeles y a decirle a Consuelo que aquí está su padre!

PELO. ¡Quítese usté de mi vista! ¡Mire usté que no respondo de mí! ¡Jurrío de ahí, sinvergüenza!

MAIQ. No me retiente usted la paciencia, vieja chocha. *(Navascués, que ha salido momentos antes y ha escuchado, se adelanta.)*

ESCENA XII

Dichos y *Navascués.*

NAVAS. *(Muy calmoso.)* ¿No les parece a ustedes que ya es más que más y que con tantas voces va a sabé lo que pasa quien no debe enterarse ni por las telas del pensamiento?

MAIQ. *(Agresivo.)* ¿Quién es usted?

PELO. Este hombre...

NAVAS. Ya sé quién es, señá María. Sé quién es este amigo, como él sabe quién soy yo, aunque se haga el chivo loco y me lo pregunte. Váyase usté tranquila, que esto corre de mi cuenta.

PELO. ¡Jesús me valga!

NAVAS. Váyase usté, que en güenas manos está la pandereta. *(Vase la Pelona un poco más tranquila.)*

ESCENA XIII

Navascués y *Manolo Máiquez.* El *Camarero,* por el foro.

MAIQ. *(Muy nervioso.)* ¿Y puede saberse quién le dió a usted vela en este entierro?

NAVAS. *(Dirigiéndose con mucha flema al primer velador de la derecha y sentándose allí.)* Venga usted a este rinconcito, Manolo Máiquez, que tenemos que hablá de hombre a hombre, cosa de dos minutos.

MAIQ. *(Siguiéndole, a pesar suyo.)* ¡Oiga usted!

NAVAS. Calma y tabaco. No hay que sulfurarse, amigo. *(Ofreciéndole la petaca.)* ¿No quiere usté fumá? *(Máiquez dice que no con el gesto.)* Usté

se lo pierde. *(Saca un puro y lo enciende.)* Entre dos personas que van a jugarse algo serio y uno fuma y otro no, siempre el que fuma ganará la partía, porque entre chupá y chupá se despeja el sentío y revolotean las ideas en el cerebro como las mariposas en la lu. En cambio, el que no fuma no se entretiene con na y to lo ve negro y tié la boca reseca como el esparto y más amarga que las tueras... *(Brindándole otra vez con la petaca.)* ¿Mudamos de parecé? ¿Fumamos? *(Alargándole un puro.)* Pos vaya esa tranca. *(Máiquez acepta el cigarro.)* Por cuatro días que uno va a viví. *(Navascués da una palmada, llamando al Camarero. Este acude. Se va notando que Navascués ejerce una especie de fascinación sobre Máiquez.)* Aquí está el camarero. ¿Qué vamos a tomá? ¿Carta Blanca? ¿Agustín Blásquez? ¿La Pastora? Na de eso, ¿verdá? *(Al Camarero.)* Pos tráete una botella de "La Guita", que es una manzanilla pasá que se masca...*(El Camarero se retira.)* Pa cuatro días que va uno a viví.

MAIQ. Lo conozco a usted, Navascués. Ya lo creo que lo conozco a usted.

NAVAS. Y yo a ti, gachó.

MAIQ. *(Sorprendido.)* ¿Por qué me tutea usted?

NAVAS. Porque yo tuteo siempre a quien vale menos que yo.

MAIQ. Eso será un decir.

NAVAS. O un hacer.

MAIQ. *(Amenazador.)* ¡Le advierto a usted!...

NAVAS. A mí no me tienes que arvertirme de na. He tomao mis precauciones y sé con qué casta de pájaro me gasto los dineros. Tú eres jugadó de ventaja, carterista y ladrón.

MAIQ. *(Levantándose sofocado.)* Esa palabra...

NAVAS. ¡Quieto, hombre! ¡Quieto como un poste y más callao que una estatua!

MAIQ. Pero yo...

NAVAS. Tú te callas cuando yo hablo.

MAIQ. Yo...

NAVAS. Calma y tabaco.

MAIQ. Yo... *(Titubea y vuelve a sentarse. Viene el Camarero, descorcha una botella y sirve vino en las copas. Pausa. Retírase el Camarero.)*

NAVAS. Tú eres jugadó de ventaja, carterista y ladrón. *(Mirándole fijamente.)* Y estás reclamao por la justicia, Manolo Máiquez, que to se sabe.

MAIQ. ¡Oiga usted!

NAVAS. *(Tomando una copa y mirándola al trasluz breves momentos con la delectación de un catador inteligente.)* Sé lo que vas a decirme y no te molestes en repetirlo. ¿Que no eres manso? Bueno. ¿Que eres macho? Bien lo sé. Pero conmigo no se juega. Si tú me das una bofetá, te devuelvo yo cinco. Si me pegas un tiro, te pego yo a ti siete balazos. Conque ojo. *(Los dos hombres se miran retadores unos instantes. Máiquez es el primero en retirar la mirada.)* Calma y tabaco y pelillos a la má. ¡Pa cuatro días que va uno a viví! *(Apura de un sorbo la copa como si se enjuagara brevemente con su contenido.)*

MAIQ. *(Furioso.)* ¡Maldita sea!

NAVAS. Es que tiene un "bouqué" esta manzanilla mismamente como una rosa de oló. *(Brindándole de pronto.)* Toma un chato. *(Máiquez vacila, pero lo toma.)* ¿Ves cómo te avienes a razones?

MAIQ. Es que me pone usted en el trance de matarlo a usted o de beberme la caña.

NAVAS. Y te bebes la caña... Eso se llama buen gusto. *(Con sorna.)* ¡Porque lo que es matarme a mí!

MAIQ. *(Que ya ha bebido.)* ¿De qué se trata?

NAVAS. ¿Ves, tú? Ya estás en el terreno que yo quería. Con cuatro capotazos te dejé parao en mitá de los medios, Hablando se entiende la gente, que es lo que yo digo. Se trata de cierta persona que está entre tú y yo y que por lo mesmo hay que colocarla por encima de ambos a la vez. Se trata de tu hija, que es sagrá pa ti y pa mí.

MAIQ. ¿Usted quiere a mi hija, Navascués?

NAVAS. La quiero y la respeto como un hermano. Den-

de que se murió mi madre no tengo en el mundo más familia que ella y la sigo los pasos con siete ojos, pa que mientras sea mocita no le pase na malo. Pa mí es la custodia de los altares. Soy duro y esquinao con to el mundo, Manolo Máizquez, menos con tu hija. ¿Y sabes tú por qué? Porque nos conocimos en mitá del arroyo como dos pítracos tiraos y aprendimos a querernos en la desgracia con el desinterés con que se quieren dos huérfanos. Y de esto tienes tú la curpa ¿sabes tú?. Porque si hubieras sido un padre como Dios manda, nunca nos hubiéramos trompezao la Consuelo y yo. En medio de to, algo tenía que agradecerte, hombre.

MAIQ. ¿Y adónde vamos a parar con tanto circunloquio?

NAVAS. Calma y tabaco, que ahora viene lo tuyo. Tocante a ti, tengo que decirte que estoy enterao de to. Sé que estás acosao por el hambre, sé que vienes a estos andurriales como una bestia hería que sangra por tos sus remos. ¡Claro: eres tan vivo, que te has cerrao toas las vereas, y ya no tienes terreno donde operá! Por eso buscas a tu hija: porque te has enterao de que lo gana, y sartas a su nido como una pantera pa comerte lo que se lleva a la boca y matarla con la vergüenza de sé su padre, que en eso tié la Pelona razón que le sobra. Tú eres un pillo que tiene usía, Manolo Máiquez. Y en esto está precisamente el toque del negocio que voy a proponerte.

MAIQ. *(Con curiosidad ansiosa y creciente.)* ¿Un negocio? ¿Me propone usted un negocio?

NAVAS. Un negocio que te vas a hinchá. Y así pongo los espartitos pa que no te arrimes a tu hija mientras el cuerpo te haga sombra. Escúchame bien, hombre, y considera la proposición que voy a hacerte. Yo soy el célebre Navascués, más conocío que Barceló por la mar. Tengo los recreos de tos los casinos de An-

dalucía, de la Mancha y de Portugal. A mis expensas viven trescientos grupieres y otros tantos empleaos que comen del trigo que se muele en mis molinos. Entre toa esa gente, los hay vivos, los hay honraos, los hay tontos y los hay ladrones. Y como de los honraos estoy hasta el cogote, porque se atontolinan y me los cazan con un papé de matá moscas, mira tú por dónde he pensao en ti pa el caso. Me hace falta un pillo domesticao que sea mi persona de confianza, y ése vas a ser tú.

MAIQ. ¡Navascués!

NAVAS. Sé que tiras el pego como Dios; que con la baraja en la mano sabes más que Briján; que con cajetín y sin cajetín, en el treinta y cuarenta, la paloma azú es un gurripato a tu vera. Tú eres el hombre que me hace falta, y te voy a contratá con veinte duros diarios y gastos pagaos pa que viajes y vigiles y le arranques la careta al que me robe.

MAIQ. ¡Me salva usted, Navascués! Deme usted la mano por su vida, que me hace usted hombre cuando desesperaba de serlo...

NAVAS. Calma y tabaco. Pa cuatro días que vamos a viví.

MAIQ. ¿Veinte duros? ¿Ha dicho usted veinte duros?

NAVAS. Como veinte soles. *(Sácase del bolsillo del pantalón una pelota de billetes grandes.)* Y ahí tienes quinientas pesetas pa que vayas al sastre y te presentes como un caballero, que es lo que te pega.

MAIQ. *(Transfigurado de alegría.)* ¡Si Dios es bueno! ¡Si Dios es grande! ¡Si tenía que acordarse de mí!

NAVAS. ¡Miá que Dios! ¡Vamos, Manolo Máiquez, no te hagas ilusiones! Tú no pués tratarte con el Altísimo... Si eres un granuja más malo que la quina. Si no mereces más que disprecio.

MAIQ. Demasiado que lo sé. Pero por mucho que usted me desprecie, nunca será tanto como lo que yo me desprecio a mí mismo. A usted

puedo hablarle con el corazón en la mano, Navascués. Puede usted creerme que no hay hombre completamente bueno ni absolutamente malo. El que sostuvo que el hombre es hijo de las circunstancias, dejó sentada una verdad como un templo. Todos llevamos desde que nacemos un charrán o un santo dentro del corazón; y es la vida la que hace que se desarrolle el charrán a expensas del santo, o el santo a costa del charrán. Todo en la vida es azar, y yo quisiera que mi suerte me llevara por senderos que no condujeran a los abismos de donde vengo. Si ahora estoy alegre tomando este dinero, aun viniendo por un camino turbio, es porque en medio de todo, me siento algo regenerado y se me quita un peso de encima al pensar que libro a mi hija de mi presencia. Esto a usted se lo debo. Gracias, Nacascués. No hay hombre sin hombre. Cuando un semejante le tiende la mano a otro, sea quien sea o como sea, parece que los pulmones se llenan de un aire más puro.

NAVAS. Como te pongas sentimentá no vas a convenirme.

MAIQ. Si el mundo es un asquito, Navascués. Ponga usted que ahora, por arte de birlibirloque se suprimieran las leyes divinas y humanas, las del presidio y el infierno, vería usted a los hombres; vería usted cómo la inmensa mayoría de ellos resultaban con menos moralidad y con más vicios que usted y que yo.

NAVAS. ¿A mí me metes en el saco?

MAIQ. A usted puedo hablarle con franqueza, porque usted es un hombre bien plantado en sus dos patas sobre el mundo. ¿Qué diferencia hay entre usted y "el Pernales"? Que "el Pernales" exponía la vida en una carretera, y usted no expone nada en las sesenta timbas que tiene por ahí.

NAVAS. ¡La chipén! ¡Esa es la chipén! Pero si reparas

en el fondo, la banca y la borsa viene a ser lo mismo.

MAIQ. Por sabido se calla.

NAVAS. ¡Cuando yo digo que tú vas a sé mis pies y mis manos! *(Al Camarero, que se acerca.)* ¿Qué hay?

CAMA. Que el cómico ese que atiende por Mario Luna, dice que usté lo ha citao.

NAVAS. *(Mirando el reloj.)* No me acordaba. Dile que venga deseguía. *(Entra el Camarero en el escenario.)* Tú te quitas de en medio, no sea que hagan los mengues que alguno te conozca.

MAIQ. Y ¿adónde voy?

NAVAS. Tomas el carreta que pasa por aquí a las cinco, y te vas a La Carolina, fonda del Comercio, y me aguardas allí, que allí hablaremos mañana.

MAIQ. Listo. *(Medio mutis.)*

NAVAS. Dos palabras pa remate. Que ni por soñación se entere nadie de que has venío..., y Consuelo, menos que nadie.

MAIQ. Hecho.

NAVAS. Y que si alguna vez te da la ventolera por robarme—yo no voy a pedirte cosas superiores a tus fuerzas—, lo que espero de ti como amigo es que no hagas cosas feas ni ruines; que si me robas sea con salero pa que yo lo cuente..., o como los hombres, pa que, si está en mi mano, no lo cuentes tú. ¿Palabra?

MAIQ. *(Estrechándole la mano después de un momento.)* Palabra... ¡de charrán!

NAVAS. *(Satisfecho.)* Buen viaje. *(Vase Máiquez.)*

ESCENA XIV

Navascués y *Mario Luna,* que viene por la puerta del escenario.

MARIO. *(Aproximándose a la mesa de Navascués.)* ¿Qué tiene usted que decirme?

NAVAS. Siéntate y toma un chato.

MARIO. *(Sentándose.)* Me tiene usted intrigado...

NAVAS. Mira, Mario: tú eres un crío, que tienes pegao el cascarón donde los cascarones se pegan. Eres un pavipollo tontolín, que sin mala intención, paece que la tienes; que a la buena e Dios haces daño a las mujeres por vanidá y por bonitura. Esto te lo digo a cuenta de que has puesto los ojos en Consuelo, y eso no está bien.

MARIO. Y ¿por qué no está bien?

NAVAS. No está bien porque tú eres un hombre comprometío con un adefesio de señora que asusta a los niños chicos; no está bien porque tienes vicios y pecaos..., y no está bien, sobre to, porque a mí no me da la repompolónima gana de que un maláge se arrime a Consuelo Máiquez pa hacerla desgraciá. Hazte cuenta de que soy su padre y que pa pedirle la conversación a esa mocita hay que pasá por este fielato.

MARIO. Por lo mismo que lo miro a usted como un hermano de ella, me conformo con el sermón y agacho la cabeza. Pero está usted equivocado si cree que mis fines no son buenos. En cuanto a mis vicios...

NAVAS. ¡Si estás encenagao en el tapete verde, perdiendo hasta la caspa en martingalas embusteras, que no sirven más que pa engordá la banca! ¡Cuando yo te lo digo!... ¿Qué hiciste de las seiscientas pesetas que eran tu alcancía y que la Consuelo te guardaba? Sacárselas con engaño y perderlas como un tolili, pesetón a pesetón, en la tercera docena. ¿Está eso bonito? Recapacita, hombre, que eres un muchacho educao, que vales y que tiés porvení, y que si fumas y tomas café es con fatigas y de gañote. ¡Por vía e Dios, Mario Luna, que si me llegaras a lo vivo y fueras mi hermano te metía una soba como pa cribarte los huesos! ¿Estás llorando, chavea?

MARIO. *(Avergonzado y conmovido.)* Tiene usted razón, Navascués. Y en medio de todo, le agra-

dezco a usted el cariño que hay en el fondo de sus palabras. Le juro a usted por mi madre que no pongo más los pies en una casa de juego.

NAVAS. *(Volviendo a sacarse del bolsillo del pantalón la pelota de billetes de Banco.)* Toma ya tus seiscientas pesetas, so primo; que a mí no me gusta ganarle los dineros a los tontos.

MARIO. *(Rechazando los billetes.)* De ninguna manera.

NAVAS. *(Muy serio.)* Eso lo tomas porque yo te lo devuelvo. A Navascués no se le desprecia en su dinero, porque su dinero es su corazón. *(Le mete los billetes en el bolsillo.)* Sobre que es más decoroso tomarlo de la mano de un amigo que arrempujao por la raqueta de un grupié.

MARIO. *(Muy emocionado.)* Y ya que es usted mi amigo...

NAVAS. Y ya que soy tu amigo te voy a decí lo que tienes que hacé punto por punto.

MARIO. Diga usted.

NAVAS Lo primero, poné tierra de por medio..

MARIO. ¿Separarme de Consuelo?

NAVAS. A cien leguas.

MARIO. Pero ¿Consuelo me quiere?

NAVAS. Si no te quisiera, ¿iba yo a devolverte las seiscientas beatas?

MARIO. ¿Y lo segundo?

NAVAS. Lo segundo, aprovechá la madera de cómico que tienes para hacerte un puesto en el teatro y merecerla. Lo tercero, no meté ni una gorda en la ruleta, porque en las salas de juego no es sólo el dinero lo que se pierde, sino el tiempo, el sistema nervioso, la salú y la vergüenza.

MARIO. ¿Y lo cuarto, Navascués?

NAVAS. Lo cuarto, quitarte de encima ese lárgalo de señora que tienes, que es una furcia como pa quitarle el hipo a Landrú. *(Viendo venir a Consuelo por el pabellón.)* Ahí tienes a Consuelo. Despídete, si eres hombre, y vuelve por

ella cuando la ganes. Me da el corazón que va a esperarte. *(Vase.)*

ESCENA XV

Mario y *Consuelo*, que viene por el pabellón. Seguidamente, *Totito*, que sale por el foro y cruza la escena mirando con curiosidad a la pareja. Entra en el escenario.

MARIO. ¿Vas a marcharte pronto, Consuelo?
CON. *(Turbada.)* No me hables.
MARIO. Ten lástima.
CON. Yo no quiero nada con hombres como tú.
MARIO. Escucha...
CON. Te tengo dicho que no me hables cuando me encuentres sola.
MARIO. *(Suplicante.)* ¡Por única vez!
CON. *(Desabrida.)* Déjame pasar.
MARIO. Es para despedirme, Consuelo.
CON. *(Sorprendida.)* ¡Mario!
MARIO. Para no verte más si no consigo regenerarme... ¿No merezco siquiera que me digas adiós? *(Ligera pausa.)*
CON. *(Con severidad y cariño a la vez.)* ¿Por qué juegas, Mario?
MARIO. Te juro que no juego.
CON. ¿Y tus ahorros? ¿Y aquellas seiscientas pesetas que yo te guardaba?
MARIO. *(Firme.)* Las tengo.
CON. ¡Mentira! Me consta que las has perdido.
MARIO. No...
CON. ¡Qué desilusión tuve al enterarme! En ti pudo más el vicio que mi recomendación fraternal de que fueras bueno.
MARIO. Te juro que tengo las seiscientas pesetas.
CON. ¿Por qué mientes?
MARIO. ¿Y si no mintiera?
CON. Me darías una alegría inmensa. ¿A que no me enseñas las seiscientas pesetas? ¿A que no las tienes?
MARIO. ¿Me perdonarías entonces?

CON. Y tendría fe en tus palabras.

MARIO. *(Haciendo ademán de sacar el dinero del bolsillo.)* Pues...

CON. *(Con alegría.)* ¿Será verdad?

MARIO. *(Con desaliento.)* No. Tienes razón, Consuelo.

CON. *(Lo mismo.)* ¿Lo ves?

MARIO. No te han engañado. Duro a duro he perdido como un imbécil el dinero que tú me guardabas. Tú no sabes hasta qué punto en este momento he podido engañarte. Trabajo me ha costado resistir a la tentación de hacerlo, y más cuando el premio iba a ser una sonrisa tuya. Pero es preferible verte seria a incurrir nuevamente en el hábito de mentir, siquiera esta mentira me justificase momentáneamente a tus ojos. Quedamos, pues, en que no tengo las seiscientas pesetas; quedamos también en que las he perdido. Pero quedamos, sobre todo, en que nunca más tendrás la ocasión de echarme en cara un vicio que te ofenda o repugne. Nos hemos conocido en un ambiente en que los hombres jóvenes, como yo, están entregados a sí mismos en medio del arroyo, sin freno ni consejo que les salve. Sólo una mujer, buena como tú, honrada como tú, hermosa como tú, puede conseguir este milagro. Tu interés por guiarme me ha salvado. Yo te juro, Consuelo, limpiarme el corazón de todas estas bajezas, no muchas ni grandes, por fortuna, para presentarme a ti como tú me quieres; porque tu interés por mí, ¿qué puede ser sino amor, Consuelo de mi alma? *(Consuelo baja la vista, turbadísima)* Mientras tú luchas y consigues el porvenir que mereces, yo trabajaré por enaltecerme a tus ojos. Yo tengo, como tú, una afición loca por el teatro; me arrastra, como a ti, una vocación irresistible. Sé que sirvo para el arte, y como el camino es ancho, en él nos encontraremos. Por eso me despido ahora...

CON. *(Angustiada.)* Mario, tú tienes sobre ti...

MARIO. Una mujer, es cierto; pero eso ha terminado.
CON. *(Rápidamente.)* Por mí, no. ¿Lo oyes?
MARIO. *(Con firmeza y ternura.)* Me salvas de esa mujer, como me salvas de mí mismo. Eres el ángel de mi guarda, Consuelo. *(Quedan mirándose breves momentos.)*
PELO. *(Dentro.)* ¡Consuelo!
CON. Me llaman. Adiós.
MARIO. ¡Quiéreme siempre!
CON. ¡Adiós! *(Apenas desaparece Mario, Consuelo da muestras de vivísima alegría.)*

ESCENA XVI

Consuelo, la *Señá María la Pelona* y, a poco, *Dolores.*

PELO. ¿No has visto a los cómicos?
CON. No.
PELO. ¿Pa cuándo lo dejas?
CON. No sé; me parece que me separo de ellos para siempre...
PELO. Hazme caso a mí: despídete a la francesa.
CON. Me falta valor... Y el caso es que tengo que hablarles.
PELO. ¡Dichosos cómicos! El día que no vea uno voy a viví como una reina panderetona.
CON. ¿Por qué?
PELO. Porque un cómico es un hombre mal comparao. *(Se oye el cascabeleo de un coche.)*
DOLO. *(Por la derecha.)* El coche, señorita Consuelo.
PELO. ¿No lo dije? Ayúdame a sacá los burtos, Dolores. *(Entran en el pabellón.)*

ESCENA XVII

Carrascosa, dentro. A poco, *Torija,* el *Camarero, Dolores, María la Pelona* y *Consuelo.*

(Oyense dentro del escenario voces de cómicos que disputan.)
CARR. *(Dentro, imponiéndose a gritos.)* ¡Los rumores más tarde! ¿No pueden guardar silencio

cuando ensaya el primer actor y director? ¿Qué falta de respeto es ésta? *(Se hace un silencio.)* A ver tú, Guzmán: apúntame con el aliento. Estamos en la escena cumbre de "Los amantes de Teruel", y yo no puedo entrar en situación si no me atan de veras al árbol. Atadme bien. Tú, tramoyista, afianza el practicable. *(Se oyen unos martillazos.)* ¡Ahora!... *(Declamando a gritos desaforados.)*

"¡Infames bandoleros,
que me habéis a traición acometido;
venid y ensangrentad vuestros aceros;
la muerte ya por caridad os pido!"

(Estrépito formidable de maderos que se derrumban,)

CAMA. *(Acudiendo despavorido.)* ¿Qué pasa?

TORIJA. *(Lo mismo.)* ¿Quién pide socorro?

DOLO. *(Por el pabellón, dejando caer, aterrada, maletas y portamantas.)* ¿Hay ladrones?

PELO. *(Que sale, seguida de Consuelo.)* ¿A quién han matao?

CANSE. *(Saliendo por el escenario.)* ¡No asustarse!

TOTI. *(Lo mismo.)* ¡Es Carrascosa que ensaya "Los amantes!"

TRAMO. *(Idem.)* ¡Y que ha hecho porvo la decoración!

ESCENA XVIII

Dichos y *Carrascosa,* seguido de todos los que entraron en el escenario.

CARR. *(Jadeante y colérico.)* ¡Lo de menos es el escenario que tiembla, el practicable que se desploma y la decoración que se rasga!... ¡Al fin y al cabo es de papel, y el papel es una pasta efímera que se obtiene químicamente de un modo que en este momento me importa un ardite!... ¡Aquí lo terrible, lo tremendo, lo trágico, es el desengaño, la ingratitud, el dolo! *(Clava miradas furibundas en Consuelo.)*

LA CA. *(Aterrada.)* ¿Qué ocurre, Teobaldo, que me tienes en vilo?

CARR. Ocurre que la señorita Consuelo Máiquez, aquí presente; la perla de la compañía, el Benjamín de la casa, nuestra hija en el arte, aquella a quien tú y yo dimos el pan del espíritu y guiamos en el espinoso camino de la gloria, olvida de golpe y porrazo tanto y tanto beneficio, y subrepticiamente nos engaña, nos traiciona..., porque, sábelo, Rudesinda, ¡sábelo! Acaba de contratarse, a espaldas de todos, con una Empresa de Madrid... Totito me lo ha dicho. Lo ha sabido en Telégrafos. ¿Imaginas tú traición semejante? ¡Tú no puedes imaginarlo, tú, no! ¡Yo, tampoco! ¡Ni pensarlo, ni soñarlo!... ¡No, no, no, no! *(Dándose puñetazos en el pecho.)*

"¡Si por azar
el ser traidor yo soñara,
la existencia me arrancara
por no volverlo a soñar!"

LA CA. *(A Consuelo.)* ¿Es verdad, hija mía?

CANSE. *(A Peralta.)* ¡No sabe qué decir!

PERAL. Nos mata.

CANSE. Nos arruina...

CARR. *(A Consuelo.)* ¿Cómo te justificas?

CON. No es verdad; eso no es verdad. Y me ofende y me duele que me traten ustedes así, cuando precisamente he contestado que por gratitud, por cariño a todos, no quería separarme de mis compañeros, ni ocasionarles trastornos, ni perjuicios, ni nada... No me han dado ustedes tiempo para consultarles... Yo quería decirles únicamente que me ofrecían un puesto brillante en un gran teatro de Madrid; que en ello, como es natural, iba mi porvenir y la ocasión de conquistar un nombre; pero que si esta circunstancia, venturosa para mí sola, podía ocasionar para ustedes un daño irreparable..., es-

taba dispuesta a renunciar, como renuncio ahora mismo con todo mi corazón, si ustedes no me aconsejan lo contrario, con su cariño de siempre, con el desinterés y la ternura con que desde niña me han mimado y consentido. Esta es la verdad. Ustedes son los que han de decidir de mi suerte... *(Consuelo, muy conmovida, inclina la cabeza y espera la resolución de sus compañeros. Estos, admirados y confusos, la miran con sorpresa.)*

LA CA. *(Abrazándola.)* ¿Tú haces eso, hija mía?

CARR. *(Aparte.)* Me has engañado, Totito.

TOTI. He visto el telegrama en la Central.

CARR. Eres un galopo.

CANSE. Esta niña me ha llegado al corazón.

PERAL. Vale más que nosotros.

LA CA. *(A Carrascosa.)* La has ofendido... ¿Por qué no la pides perdón?

CARR. *(Indeciso.)* ¿Yo?

LA CA. *(Empujándole.)* ¡Anda, hombre!

CARR. "¡Yo, don Carlos de Quirós,
de Italia espanto y de Flandes;
yo, el más grande entre los grandes...,
perdón te pido, por Dios!"

PELO. ¿Qué contestan ustedes?

PERAL. ¿Qué vamos a contestar?

LA CA. Es un caso de conciencia.

CARR. Nobleza obliga: ¡que siga su estrella!

CON. *(Abrazándole.)* ¡Dios se lo pague!

CANSE. ¡Y nosotros condenados eternamente a la Pipi!

CARR. ¡Pobres galeotes, infelices parias del arte, atados para siempre al carro de las Cortes de la Muerte!...

LA CA. Te vas, Consuelo, y te llevas nuestra bendición... ¡Que Dios vaya contigo, hija mía!

CON. *(Abrazándola.)* ¡Adiós, señora; el mejor recuerdo de mi vida será el del tiempo que compartí penas y alegrías con ustedes!

CARR. *((Abrazando a Consuelo. Esta queda entre los dos ancianos.)* Mi Nuri..., mi Marianela..., mi Morritos!... Este viejo cómico buscará desde

ahora la prensa de Madrid y tendrá una alegría muy grande cuando lea tus triunfos... "¡Esa, ésa es mi discípula!", diré con orgullo.

LA CA. ¡Que escribas!

CARR. No nos olvides.

CON. *(Separándose.)* ¡Gracias, gracias a todos!... ¡Adiós, adiós a todos!

TODOS. ¡Adiós! *(Vase Consuelo y la señá María.)*

CARR. ¡Se va!

LA CA. ¡Pobres de nosotros!

CANSE. Levanta el vuelo...

CARR. *(A la Carrasco.)* ¡Levanta tú el corazón, vieja compañera de mi vida!... ¡Aún tenemos bríos!... ¿No viste antes qué prodigiosas facultades conservo? Tú puedes hacer "Mariana"; yo, "Don Alvaro"...

LA CA. ¡Pobrecito mío! ¡No sueñes, Teobaldo!

CARR. ¡Abrázame, Rudesinda!

CON. *(Detrás.)* ¡Adiós!

TODOS. ¡Adiós!

CARR. "¡Qué espantosa soledad!..." *(Los viejos quedan abrazados. Oyese el coche, que se aleja.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

La escena representa el "camerino" de Consuelo Máiquez en el teatro Español de Madrid. En la derecha hay una puerta que conduce a un gabinetito-tocador, que es donde la actriz se viste. En el foro, otra puerta que da a un pasillo del teatro. Toda la decoración está revestida de sedas o cretonas plisadas. En la izquierda, y disimulada por una abertura de la tela que cae a plomo hasta el suelo, adivínase una puertecilla de escape, que comunica con el público del supuesto teatro. En el rincón de la derecha se descubre un espejo de tres lunas, con rinconeras, plantas, bibelotes y detalles de "boudoir". Ante la misma puerta, pero dejando un espacio que permita ver el citado rincón, está colocado un gran biombo. En la izquierda se agrupan unos divanes y sillones, formando un rinconcito íntimo. El moblaje, su distribución y deta-

lles indican en la propietaria gusto y refinamiento. Numerosas "corbeilles" de flores, estuches, sombrillas, abanicos, juguetes y objetos artísticos, colocados convenientemente, indican que la acción de este acto transcurre durante la función de beneficio de la primera actriz de la compañía.

ESCENA I

Consuelo, dentro del cuarto cambiando de vestido. *Peñita,* de "smoking", en escena.

PEÑI. Señorita Máiquez.
CON. *(Dentro.)* ¿Quién es?
PEÑI. Soy yo: Peñita.
CON. Tengo mucha prisa: han dado la tercera, y estoy volada.
PEÑI. ¿No soy oportuno?
CON. Usted siempre lo es; pero no puedo recibirle.
PEÑI. ¿Sabe usted lo que la digo?
CON. Diga.
PEÑI. Que me tiene usted en la misma galana situación de Quevedo: que ni sube, ni baja, ni está quedo.
CON. ¿Y eso?
PEÑI. ¿Necesitaré recordarle que mañana está en la calle el cuarto número de "El Arte del Teatro?"
CON. Tiene usted razón.
PEÑI. ¿Necesitaré decirle que me hacen una falta loca sus datos biográficos para completar la interviú que me tiene usted ofrecida? *(Peñita queda atento como esperando respuesta. Ligera pausa.)*
CON. Si es usted bueno y me aguarda un momento, cumpliré mi compromiso con usted.
PEÑI. *(Sacando bloc de cuartillas y estilográfica.)* Santa palabra.
CON. ¿Me ha oído usted?
PEÑI. Con arrobamineto.
CON. *(Siempre dentro.)* No sabe usted lo que es el teatro, Peñita. Vive una a salto de mata,

ESCENA II

Consuelo, dentro; *Peñita* y el *Traspunte,* que viene por el foro.

TRASP. Señorita Máiquez.
CON. *(Dentro.)* Ya está ahí ese verdugo.
TRASP. ¿Levanto el telón?
CON. ¡Cállese usted, miserable!
TRASP. Mire usted que el público se impacienta.
CON. Dígale usted al maestro... ¿Me oye usted?
TRASP. La oigo.
CON. Dígale usted al maestro que toque una sinfonía larga.
TRASP. Como no toque "Parsifal". *(Vase.)*

ESCENA III

Dichos y *Don Felipe Calle,* que viene de frac.

CALLE. Consuelo.
CON. ¡Lárguese usted ya con viento fresco!
CALLE. ¡Consuelito!
CON. Perdóneme usted, Calle. Le había confundido con ese ganapán de traspunte.
CALLE. No oigo.
CON. ¿Ocurre algo?
CALLE. ¿Qué?
CON. ¿Que si pasa algo?
CALLE. Nada que no sea bueno. ¡Vaya una entradita que tiene usted en la noche de su beneficio! Está la gente colgada. No tendrá usted queja del público de Madrid. Es lo que yo digo, Señor: no hay nada tan bonito como un teatro lleno.
PEÑI. Mientras sale esa monada, tomaré nota de los regalos. *(Lo hace.)*
CALLE. Y con una comedia tan cartillera como "El vergonzoso en Palacio". Ahí tiene usted. Una obra clásica que vale tanto como decir de "perro a la puerta", y la gente se rompe el pe-

cho por llevarse el papel. Cuando el artista es oro de ley...

PEÑI. Mucho que sí. La pena es que se nos case ese tesoro.

CALLE. Pero el novio la merece, Peñita.

PEÑI. No está en mi ánimo rebajar su mérito, amigo Felipe. Mario Luna es un chico excelente y un actor de gran porvenir.

CON. *(Dentro.)* Peñita.

PEÑI. Mande usted, Consuelo.

CON. ¿Ha visto usted los retratos que me ha hecho Calvache?

PEÑI. Preciosos.

CON. ¿Y la caricatura de Tovar?

PEÑI Ingeniosísima.

CON. Sí; pero muy sangrienta. Dígale usted que no parezca por aquí. Le voy a sacar los ojos, Eso no se hace con una mujer indefensa.

CALLE. Pues se parece mucho.

CON. Como no se calle Calle, le voy a tirar las tenacillas a Calle. *(Peñita y Calle ríen.)*

ESCENA IV

Dichos y el *Traspunte,* que vuelve.

TRASP. Señorita Máiquez.

CON. *(Dentro.)* Ese hombre va a ser mi perdición.

TRASP. ¿Empiezo o no empiezo?

CON. Empiece usted ya, castigo.

TRASP. *(Dentro, haciendo mutis disparado.)* Señora Benítez, a escena; señor Campos, a escena; don Fernando, a escena. ¡Fuera de escena! *(Suenan timbres en todas direcciones.)*

ESCENA V

Consuelo, que asoma no más que la cabeza, entre cortinas. *Peñita, Calle y María la Pelona,* dentro .

CON. *(Sorprendiéndoles en flagrante delito.)* ¡Ah, perros! ¿Están ustedes fumando?

CALLE. *(Escondiendo el cigarro.)* Perdón, Consuelito.

PEÑI. *(Lo mismo.)* Ya no fumamos.

CALLE. Está usted linda de veras, asomando entre cortinas esa carita de cielo.

CON. ¿Quiere usted desarmarme con un piropo?

CALLE. Con permiso de Mario.

PEÑI. Suscribo el piropo del amigo Calle y añado por mi cuenta que es una lástima que no vengan Alfonso o Zegrí para hacerla a usted una foto en esa interesantísima "pose". En el público están. ¿Los llamo?

CALLE. *(Con sorna.)* También está Tovar.

PELO. *(Dentro.)* ¡Mala puñalá le peguen a Tová!

CON. *(Escondiendo el rostro rápidamente.)* No diga usted burradas, madrina.

PEÑI. No se nos eclipse usted.

CON. *(Asomando de nuevo la cara.)* Es que tengo que ponerme un birrete de época que es una preciosidad. Vuélvanse de espaldas y así les dará más golpe.

P. y C. *(Obedeciendo.)* Ya estamos. *(Pequeña pausa, en que se oye la risa contenida de Consuelo.)* ¿Ya?

CON. Ya. *(Vuélvense Calle y Peñita y se encuentran con la cara de María la Pelona.)*

PEÑI. ¡No hay derecho! *(María la Pelona saca la lengua. Dentro se oye la risa retozona de Consuelo.)*

CALLE. No hemos venido a jugar a la rana.

PEÑI. Es una chiquilla. *(Consuelo sale del cuarto esplendorosamente ataviada con el traje de doña Magdalena en "El vergonzoso en Palacio". Síguela María la Pelona, dando muestras del más desbordado entusiasmo.)*

PELO. ¡Mirarla, qué carrapachana! ¡Hija de mi sangre! *(Con un grito como el de las madres a los niños.)* ¡Iiiii!... ¡Qué rempollosa! *(Consuelo tiende ambas manos a Calle y Peñita.)*

MARIO. *(Por el foro, vestido con el traje de Mireno.)* Meten ustedes tal barullo, que se oye hasta en escena.

PELO. Voy a guipá un cachito e comedia por esta

puerta de escape que da al público. *(Vase por la puerta semioculta de la izquierda.)*

ESCENA VI

Mario, Consuelo, Peñita y *Calle.* Seguidamente, un pequeño grupo de *Actores* y *Actrices,* que vienen vestidos con los trajes de "El vergonzoso en Palacio".

PEÑI. Hola, Mario.

JOVEN. *(Desde el foro.)* ¿Podemos ver los regalos?

CON. Naturalmente. *(Entran las actrices a ver los regalos, que curiosean a su sabor.)*

UNA. ¡Qué preciosidad!

OTRA. ¡Qué lindo!

OTRA. ¡Qué buen gusto!

CON. Vamos a lo nuestro, Peñita. *(Siéntanse Peñita y Consuelo.)*

PEÑI. Tengo casi hecha la interviú, ¿sabe usted, Consuelo? Y en el capítulo de sus predilecciones artísticas...

CON. Cuidado, Peñita; no vaya usted a decir lo que he dicho.

PEÑI. Nadie puede molestarse. Trato el tema con la discreción que usted me ha encargado. Aquí están las cuartillas, que puede usted examinar cuando guste.

MARIO. *(Aproximándose.)* ¿Habla usted de mi pleito?

PEÑI. Sí, señor; hablo de la próxima boda en un parrafito que me ha salido redondo.

CON. Entonces, ¿qué le falta a usted?

PEÑI. Sus datos biográficos. Lo que pudiéramos llamar historia retrospectiva. Sus primeros pasos en el arte.

CALLE. Ta, ta.

CON. *(A Calle.)* ¿No quiere usted que diga la verdad?

CALLE. Si es usted sincera, no creo que la convenga. Hay una verdad para el público y otra para la intimidad de nuestra vida. Mucho ojo, Consuelo, que aquí se saca partido de todo.

MARIO. Y de lo más inocente se hace un chiste.
CALLE. Que puede resultar más sangriento que la caricatura de Tovar.
MARIO. Digo lo mismo que calle. Tú verás lo que haces.
PEÑI. Me ponen ustedes en cuidado.
CON. No haga usted caso.
PEÑI. Me intrigan ustedes una barbaridad.
MARIO. Antes que se me olvide, Consuelo.
CON. ¿Qué quieres?
MARIO. No puedes imaginarte cómo ha estado el saloncillo. El todo Madrid de las grandes solemnidades ha desfilado por allí. Como te cambiabas de traje no han bajado a saludarte; pero cuando caiga el telón, tendrás aquí a toda la pléyade: don Jacinto, don Serafín, don Joaquín, don Carlos, don Manolito y Sicilia, Perico Muñoz, Juan Ignacio y don Torcuato. ¿Qué voy a decirte? Hasta Enriquito de Mesa.
CALLE. Es usted la niña de la suerte.
TRASP. *(Desde el foro.)* Don Mario: a escena.
MARIO. Voy. *(Vase.)*

ESCENA VII

Consuelo, Peñita, Calle.

CON. Cierre usted esa puerta, Calle. A ver si nos dejan en paz. *(Calle entorna la puerta del foro.)*
PEÑI. Venga de ahí, Consuelo, que no van a dejarnos.
CON. ¿Qué quiere usted saber?
PEÑI. Cómo y cuándo empezó usted el teatro; sus maestros, su vocación, todo eso.
CON. Mire usted, Peñita. Voy a ser franca con usted. Yo vine al mundo del teatro en lo más triste, en lo más miserable, en lo más humilde que pueda usted sospechar. Yo era una chiquilla harapienta, recogida por caridad en un mesón de aldea... Allí empezaron mis aficiones. ¿Qué le parece a usted?
PEÑI. *(Tomando notas.)* Interesantísimo.

CALLE. *(Contrariado.)* Ya no tiene remedio.
CON. Déjeme usted, Calle. No hay nada más hermoso que decir la verdad.
PEÑI. Y, sobre todo, cuando la verdad enaltece.
CON. Yo he vivido seis años pasando penas y hambres con una compañía de cómicos de la legua. La compañía Carrasco-Carrascosa fué la escuela donde yo aprendí a ser mujer y artista.
PEÑI. Una última pregunta.
CON. ¿Cuál?
PEÑI. ¿Quién fué su primer empresario?
CON. Navascués
PEÑI. ¿Qué Navascués?
CON. Navascués no hay más que uno.
PEÑI. ¿Cómo? ¿Ese hombre fantástico y todopoderoso que tiene la banca en los principales casinos de Madrid, San Sebastián y Biarritz, fué su primer empresario?
CON. El mismo. Luego le referiré cómo.
PEÑI. *(Escribiendo.)* Esto es formidable.
CALLE. ¡Qué barbaridad!
PEÑI. ¿Y dice usted que la compañía se llamaba...?
CON. Carrasco-Carrascosa.
PEÑI. *(Recordando de pronto.)* ¡Pero si yo he leído ese nombre no hace cinco minutos!
CON. ¿Dónde? ¿Cómo?
PEÑI. *(Buscando.)* Aquí, entre los regalos.
CON. *(Siguiéndole ansiosa.)* ¡A ver, a ver!
PEÑI. *(Sacando un modestísimo ramo.)* ¡Mire usted!
CON. ¿Un ramo de violetas?
PEÑI. *(Desatando una tarjeta y entregándola a Consuelo.)* Lea usted.
CON. *(Leyendo.)* "Teobaldo Carrascosa y Rudesinda Carrasco de Carrascosa." ¡Son ellos, son ellos!

ESCENA VIII

Dichos y *Mario Luna,* seguido del *Doctor Belisario Alvear.* A poco, el *Traspunte.*

MARIO. Claro que son ellos.
CON. ¿Tú lo sabías?
MARIO. Ya lo creo que sí. En el público están.
CON. ¿Dónde?
MARIO. ¿Dónde va a ser? En el gallinero.
CON. ¿Y te lo callabas?
TRASP. *(Desde el foro.)* Señorita Máiquez: a escena.
CON. Voy. No te lo perdono Mario. Eres un egoísta.
MARIO. Pero, mujer, si están hechos unas birrias.
CON. ¿Qué importa?
MARIO. *(Atónito.)* ¿Quieres que vengan aquí a visitarte?
CON. ¿Por qué no? Entre ellos te conocí. ¿Por qué lo olvidas?
TRASP. Señorita Máiquez: que llega usted tarde.
CON. *(A Mario.)* Si quieres que te perdone, búscales y tráeles tú mismo. *(Vase rápida.)*
MARIO. Todo sea por Dios; estaría bueno que fuera yo al público, vestido de tonelete, a buscar a Carrascosa.
CALLE. Yo daré órdenes para que vengan esas estanguas.
MARIO. Que Dios se lo pague, don Felipe.
PEÑI. Pues yo iba a ver lo que quedaba de la función; pero los cómicos de la legua no me los pierdo.
TRASP. *(Desde el foro.)* Don Mario.
MARIO. *(A Calle y a Peñita.)* Antes de salir voy a presentarles al doctor Belisario Alvear, delegado del Gobierno argentino en la Exposición Iberoamericana.
CALLE. Ya tenía el gusto. *(Saludos, inclinaciones, etc.)*
MARIO. Don Isidoro Peña, repórter y crítico de teatros.
TRASP. Don Mario: a escena.
MARIO. Digo dos bocadillos y vuelvo. *(Vase, seguido de Calle.)*

ESCENA IX

Peñita y el *Doctor Belisario Alvear.* A poco, *Calle,* que regresa, y más tarde, *Mario.*

PEÑI. Tome usted asiento, doctor.

BELI. ¡Que me place, señor Peña! *(Se sientan.)* Yo no he podido encontrar boleto ni aun pagando un platal por una punta de banco. ¡Cosa bárbara! Valiéndome de la amistad de este matrimonio de artistas, quise presenciar la función desde el escenario, y he tenido recién que disparar de allá, porque aquello es un bochinche. Acudí tarde, no más.

PEÑI. Luego viene usted conmigo y presenciaremos la escena grande de Mario y Consuelo desde el palco de la Empresa.

BELI. Muy gentil, señor Peña.

PEÑI. Aquí viene Calle.

CALLE. *(Entrando.)* Ya está contenta nuestra niña mimada. He tenido que decirle por señas desde cajas que luego vendrán a visitarla esos mamarrachos.

PEÑI. Poco a poco, amigo Calle. Esos desgraciados cómicos de la legua no son tan dignos de desprecio como usted se figura.

CALLE. ¿Va usted a tomarme el pelo?

PEÑI. Serán todo lo absurdos que usted quiera; pero si usted penetra en la entraña de la vida de esos infelices—al mismo tiempo que se regocija con los chistes, lances y chascarrillos de ese vivir en perpetuo bolo y bululú—, no tendría nada de extraño, si es usted hombre de corazón y medita en ello, que al cabo reconociera cómo el pobre cómico de la legua, paria del arte y desecho de la vida, cumple sin saberlo una sagrada función social del más elevado patriotismo.

CALLE. ¿Cómo, cómo?

PEÑI. Y tanto más admirable cuanto más desconocida y calumniada.

CALLE. Me gustaría saber dónde y cuándo adquirió usted ese extraño convencimiento. *(Mario vuelve y atiende al diálogo.)*

PEÑI. Muy sencillo. No hace mucho tiempo tuve necesidad de realizar un viaje en automóvil de línea entre Cádiz y Algeciras. Era el mediodía y nos detuvimos a almorzar en una venta. El sol caía a plomo en aquel día tórrido de agosto. Los viajeros del coche aguardábamos a que éste se pusiera en marcha, guarecidos en la sombra precaria de unas chumberas. Y de pronto, hete aquí que en un recodo del camino asoma la fementida silueta del más mísero carromato que Goya pudiera dibujar en un aguafuerte. Unas mujeres lamentables venían en él, y unos hombres descoloridos y polvorientos las seguían con paso cansino llevando al hombro hatillos donde asomaban, entre mugrientos oropeles, pelucas y espadas de cazoleta. Yo me quedé admirado ante aquellos ejemplares de una España ignorada, y pregunté al más viejo: "¿Son ustedes cómicos?" "Cómicos somos", respondió con un gemido. "¿Van ustedes muy lejos?" Y señalando con la mano sarmentosa un caserío enclavado en la cumbre de altísima sierra, contestó jadeante: "Allá vamos a trabajar esta noche". Y siquieron cuestezuela arriba, entre polvo, sol y hambre. Yo les vi alejarse con profunda piedad. Aquellos desgraciados iban a representar comedias ante gañanes analfabetos, tan infelices como ellos. Eran, pues, el más vivo símbolo en aquella Jurdes—toda España se parece—de la civilización y la poesía. Por eso digo que, si bien se mira, merecen algún respeto los cómicos de la legua.

BELI. Bien dicho, señor Peña.

MARIO. "¡Cómo se conoce que no ha sido usted nunca picador de toros!" Pues lo mismo le digo yo a Peñita: "¡Cómo se conoce que no has sido tú nunca cómico de la legua!"

PEÑI. ¡Hombre, me hace gracia!

MARIO. Porque si lo hubieras sido no te quedarían fuegos para exaltar ese oficio desastrado. Yo, que por desgracia he conocido la Pipi, puedo hablar con fundamento. En algún pueblo se nos designaba a nosotros de esta manera: "Han llegado dos viajeros y un cómico." Y en otros lugarejos, hasta las madres, para asustar a los niños, asociaban al coco con el cómico. Yo mismo he oído a una que, luchando en vano por acallar el llanto de verraco de su engendro, me dijo al pasar frente a su puerta: "¡Cómico, ven y cómete este niño!" Y el niño se calló.

PEÑI. Bueno, bien; y eso ¿qué prueba?

MARIO. Eso prueba que el cómico de la Pipi es el ente más grotesco y ridículo que anda por España.

PEÑI. También en España es grotesco y ridículo el tipo del maestro de escuela.

CALLE. Y usted, doctor, ¿qué opina de todo esto?

BELI. Mi opinión, mejor dicho, mi sensibilidad me pone del lado del señor Peña.

MARIO. Doctor..., doctor...

BELI. Escuche. En un viaje que yo hice a Chile por la cordillera, hube de pernoctar en el mesón de una aldea situada en un verdadero nido de cóndores. Pues bien; aunque parezca inverosímil, he de decirles que aquella noche tuve ocasión de presenciar una representación de "El alcalde de Zalamea" en un teatro que era un poroto por una compañía de la legua, que dicen acá, o del bosque, que decimos allá. Era estupendo, ché, presenciar cómo en las grandiosas oquedades de los Andes unos histriones paupérrimos llevaban las resonancias inmortales de Lope y de Calderón. Yo puedo decirles que, sin ser impresionable, ante aquella supervivencia inaudita del idioma, sentí en lo hondo de la entraña el patriotismo de mi raza, y me dije hondamente convencido: "Es-

paña no se ha mandado mudar de acá todavía."

MARIO. Eso no quita para que el cómico de la legua, o del bosque, como usted dice, deje de ser un tipo de burla eterna.

BELI. Como es eterna la ficción teatral, como es eterno el arte, como es eterno el dolor. ¡Ay, mi hijo; desde la carreta de Tespis acá, vive, y sufre, y hace reír, y llorar, ese tipo grotesco y trágico y, por lo mismo, humano, terriblemente humano!

TRASP. *(Asomando rápidamente y desapareciendo.)* ¿Vamos?

PEÑI. *(A Mario.)* ¡Estás faltando! *(Mario sale velozmente y tropieza con don Gorgonio, que entra.)*

MARIO. ¿Va usted ciego? *(Don Gorgonio se excusa por señas, como hombre que ha perdido el habla.)*

ESCENA X

Dichos y *Don Gorgonio.*

(Don Gorgonio viene en lastimoso estado de salud e indumentaria. Trae una carta en la mano.)

PEÑI. ¿Quién será este tipo?

CALLE. *(A don Gorgonio.)* Oiga, buen hombre; ¿quién le ha dejado entrar? *(Don Gorgonio contesta por señas que busca a la dueña del cuarto.)* ¿A quién busca usted? *(Siguen las señas de don Gorgonio.)*

PEÑI. Cuidado, Calle; no vaya a ser uno de los protegidos de Consuelo.

CALLE. Pudiera serlo; pero como he tenido que echar al celador del escenario, no hay la suficiente vigilancia y los sablistas se meten por el ojo de una aguja.

PEÑI. *(A Belisario.)* ¿Viene usted conmigo al palco?

CALLE. Les acompaño, y vuelvo. *(Peñita y Belisario*

hacen mutis por la puertecilla disimulada de la izquierda. Les sigue Calle, no sin lanzar una mirada de inquietud a don Gorgonio.)

ESCENA XI

Don Gorgonio y *Consuelo.*

CON. *(Dentro.)* ¿No hay quien mande callar en el escenario? Es imposible trabajar con tanto ruido. *(Entra y ve a don Gorgonio.)* ¿Quién es este hombre? *(Don Gorgonio hace señas muy extremosas.)* Yo conozco esta cara. ¿Quién es usted?... ¡Ya lo creo que lo conozco! ¡Y mucho! *(Don Gorgonio indica una fecha muy lejana.)* ¿Quién será, señor? ¿Dónde he visto yo esta cara? *(Don Gorgonio muestra la carta.)* ¿Es para mí? ¡Venga! *(Toma la carta y lee:)* "Mi distinguida amiga." ¡Don Gorgonio! ¡Usted es don Gorgonio! *(Don Gorgonio afirma con un gemido inarticulado.)* ¡Me recuerda usted mi niñez, aquel pueblo, aquel teatro! ¡Siéntese usted! ¡Suelte usted esa gorra!... ¿Pero qué le pasa a usted? *(Don Gorgonio le señala la carta.)* ¿Que lea? Sí, sí. *(Leyendo.)* "Tengo que valerme de estos malos renglones para enterar a usted, señorita Consuelo, de cómo yo, don Gorgonio, aquel empresario tan chillón y estrambótico que usted conoció cuando era niña en la posada de la Pelona, ha venido tan a menos que no tiene un pedazo de pan que llevarse a la boca." *(Don Gorgonio ahoga un sollozo.)* ¡Pobre don Gorgonio! ¿Y cómo no habla usted? ¿Qué le pasa? *(Don Gorgonio se señala la garganta y le pide que siga leyendo.)* "De resultas de una laringitis, me han hecho en San Carlos la traqueotomía y ayer me dieron de alta. Le suplico que interceda con Navascués para que me perdone, pues atribuyo a su maldición gitana el mal de ojo que me persigue. *(Don Gorgonio va subrayando hasta el final la*

lectura de su carta con gestos y gemidos ahogados.) También le pido de rodillas que me busque un empleo modesto, pues perezco de inanición y mis hijos, abandonados en el pueblo, no tienen amparo ni calor de nadie."*(Don Gorgonio junta las manos, llorando como un chiquillo.)* ¡No llore usted, no llore!... ¡Vamos!... ¡Pobrecillo! ¡Tranquilícese usted!... ¡Calma! Tenga usted esperanza. Yo le prometo hacer cuanto pueda por usted. Duerma usted tranquilo. *(Viendo venir a Calle por la puertecilla de la izquierda.)* ¡Hombre, mi encargo! Calle: venga usted acá.*(Calle acude solícito.)*

ESCENA XII

Dichos y *Calle.*

CALLE. ¿Qué quiere usted, Consuelito?

CON. Quiero que me ayude usted en una obra de caridad.

CALLE. Con mil amores.

CON. Necesito para este hombre la plaza de celador del escenario, que tiene usted vacante.

CALLE. *(Consternado.)* No sabe usted lo que pide. ¡Por el amor de Dios, Consuelito!... ¡Me pone usted en un aprieto, en un compromiso muy grande!

CON. ¿Por qué?

CALLE. ¡Caramba! Porque usted ignora la cantidad de recomendaciones que hay para cada vacante de acomodador, portero o celador del escenario. Cada concejal recomienda a doce o catorce suplentes, y hay cincuenta concejales.

CON. ¿Le he pedido a usted algo alguna vez?

CALLE Nunca.

CON. ¡Ya!

CALLE. ¡No se ponga usted así!

CON. ¿Cómo voy a ponerme?

CALLE. Pero...

CON. ¡Yo estoy por encima del Ayuntamiento!

CALLE. ¡Consuelo!

CON. ¡No me sofoque usted, que tengo que trabajar esta noche!

CALLE. ¡Me daría de morradas!

CON. ¡La primera vez que le pido una miseria para un desgraciado que se muere de hambre!

CALLE. ¡Basta, basta! Salga el sol por Antequera. *(A don Gorgonio.)* Vaya usted al jefe de acomodadores y que le dé de mi parte la gorra y la librea.

CON. ¿Ve usted qué sencillo?

CALLE. ¡Póngase usted en el escenario y mande callar a todo bicho viviente! *(Don Gorgonio, muy contento, dice que sí con el gesto.)*

CON. ¡Que no fumen!

CALLE. ¡Eche usted de las cajas a las mamás de las actrices!

CON. ¡Que no hablen! *(Vase don Gorgonio transfigurado de alegría.)*

CALLE. Usted lo ha querido, sea. Pero no sé cómo diablos va a mandar callar ese hombre, estando mudo.

CON. Mejor que mejor: así da el ejemplo. *(Hacen mutis, discutiendo, por el foro.)*

ESCENA XIII

Navascués y *Manolo Máiquez*, que salen por la puertecilla de la izquierda. Máiquez viene correctamente vestido de etiqueta. Parece un gran señor y sus maneras son finas. Navascués, más sencillo, viene con capa española y sombrero grande flexible, gran alfiler, gran cadena y relumbrantes sortijas

NAVAS. Pasa, que no hay nadie.

MAIQ. ¿Es éste su cuarto?

NAVAS. Aquí se viste Consuelo.

MAIQ. Gracias, Navascués. Voy a ver de cerca a mi hija. El padre pródigo se acerca al paraíso perdido. Satanás ronda el cielo.

NAVAS. Pero ya te hice el encarguito de que ni por pienso te dieras a conocer. Tu hija vive en la

idea de que tú has muerto hace muchos años. Y si te dejo que te arrimes al agua es pa que no la bebas, por mucha sed que tengas. Tus partías conmigo han sío las de un hombre de pelo en pecho y por eso te traigo, porque te lo has ganao. Pero lo primero es ella y a ella tú no le convienes ni en su carrera, ni en su casa, ni en parte denguna.

MAIQ. Ni tiene usted que repetírmelo más, Navascués. ¿Usted cree que yo no sé quién soy yo? Si se acumularan las condenas de mis procesos, todas por raterías, timos, estafas y falsificaciones, con siete siglos de prisión correccional no las habría extinguido ¿Cómo voy a convenirle a mi hija? Aunque no me creo capaz de querer a nadie, la quiero a ella lo suficiente para desear, por lo menos, su tranquilidad Eso por lo que toca a Consuelo, que por lo que se refiere a usted, usted sabe sabe perfectamente que en todos estos años le he servido con inteligencia, que sí que la tengo; con lealtad, que me hago cruces de haberla tenido; y con alma, que no la tenía y que me he encontrado un poco en esta aventura de rumiar a solas un sentimiento paternal que nunca se verá satisfecho. Usted ha puesto en mí su confianza y hago y deshago en todos sus negocios de juego, que ahora suponen una fortuna fantástica. Estoy seguro de que a usted le consta que yo no le he fiitrado un céntimo siquiera.

NAVAS. Lo sé.

MAIQ. Y pudiera haberlo hecho, pero no lo hice porque se trataba de Navascués: el hombre que había tomado mi puesto en el cuidado de la felicidad de Consuelo sin que Consuelo se percatara nunca de ello. Este desinterés y esta delicadeza de usted es lo que ha puesto freno a mis malas mañas. Por eso se ha encontrado usted con un hombre honrado y un pillo en una sola pieza. ¡Rara avis!

NAVAS. Pero vamos a ver, háblame con franqueza por

tu salú, Manolo Máiquez. ¿Es posible que sientas lo que dices?

MAIQ Siento lo que digo y digo lo que siento.

NAVAS. No me cabe en la cabeza que seas como te pintas.

MAIQ. Pues sí.

NAVAS. ¿Volverías a robar?

MAIQ. Mire usted, Navascués; no olvide usted lo que voy a decirle: todo hombre que ha delinquido, si se le vuelve a poner exactamente en la misma ocasión que provocó la falta, vuelve a delinquir. No crea usted en las conversiones. Esos son cuentos de santos para impresionar a los niños. Los hombres son como son y no de otra manera. Me ha gustado lo ajeno, lo confieso. He nacido con una capacidad adquisitiva, vamos al decir, verdaderamente notable. Ya ve usted que no creo en mí; pero también debo decirle que no creo gran cosa en los demás. "Robar, robar." Eso es una palabra fea que inventaron los desposeídos. Y sobre todo, al robar yo, ¿qué hice? ¿Quité algo de alguien, verdaderamente de alguien, para hacerlo mío, verdaderamente mío? No. El dinero no se estanca en éste ni en el otro. El dinero corre y circula, y al apoderarme momentáneamente de cosa tan fugitiva, yo no robé, no.

NAVAS. ¿Qué hiciste entonces?

MAIQ. Violentar un poco la circulación.

NAVAS. ¡Camará! ¡quién habría de pensar, al verte tan señor en las salas de recreo de los grandes casinos, que eres lo que eres!

MAIQ. Esa es otra: si en una sala de recreos o no de recreos fuéramos a destapar conciencias como como aquel diablo cojuelo que descaperuzaba casas, con buenas gatadas nos encontraríamos. En este mundo, que si no es un presidio suelto es un manicomio manso, suceden cosas tan originales y sorprendentes que uno mismo se queda boquiabierto ¿Querrá usted creer que yo—con ser lo que soy—tuve autoridad ano-

che, en la mesa del treinta y cuarenta, para advertir respetuosamente a... *(Se lo dice al oido. Navascués pone cara de asombro.)* que tuviera cuidado, porque, sin quererlo, estaba a pique de levantar un muerto? El hecho no es nada en sí; pero en aquel momento el rufián tuvo algo de prócer, y... viceversa.

NAVAS. ¡Chitón, que viene Consuelo! *(Se ponen de pie.)*

ESCENA XIV

Dichos y *Consuelo*, que viene con un ramo de flores en la mano.

CON. ¡Qué noche de emociones, Navascués! Se me han despintado los ojos de llorar y tengo que darme una manita de gato. Vuelvo.

NAVAS. Espera un poco, chiquilla, que estás más guapa así. Tengo que presentarte a mi amigo y apoderado don Domingo Pastrana, que tuvo ocasión, allá en América, de conocer a tu padre poco antes de su muerte.

CON. *(Confusa.)* ¿Conoció usted a mi padre?

MAIQ. Sí, señorita, sí. ¿Le suben a usted los colores al rostro? Es natural. Usted se avergüenza de su padre.

CON. No.

MAIQ. Dígalo usted sin empacho. Pero más vale que sea yo quien lo diga. Su padre de usted no la merecía. Ese es su castigo. ¡Si ahora la viera, tan llena de bondad y de gloria!... Con el tormento de no poder llamarla hija, tenga la evidencia de que una tenaza de fuego le oprimiría el corazón. No la merecía, no. No la merecía.

CON. *(Con inmensa ingenuidad y ternura.)* Pero era mi padre, y yo, desde niña, todas las noches he rezado por él.

MAIQ. *(Con la voz ligeramente velada.)* ¿Ha rezado usted por su padre?

CON. Siempre: lo mismo en mi buena que en mi mala

fortuna; cuando me acostaba con hambre, como cuando me dormía feliz.

MAIQ ¿De veras?

CON. Anoche mismo he rezado por él. *(Le da una flor de las que lleva en la mano.)*

MAIQ. ¿Por qué me da usted esta flor?

CON. Porque me ha hablado usted de mi padre. *(Vase por la puerta de la derecha.)*

ESCENA XV

Navascués y *Manolo Máiquez.*

MAIQ. No quiero verla, Navascués. Esto me impresiona demasiado.

NAVAS. ¿No te lo dije?

MAIQ. Me voy. Discúlpeme usted con ella. *(Mirando la flor.)* ¿Cuánto tiempo hace que yo no lloro? ¡No sé, mucho, mucho! *(Se mira los dedos, húmedos de haberse tocado los párpados.)* Nos hacemos viejos, Navascués. Desde hace algún tiempo noto en mí una extraña tendencia al bien, a la gratitud. Eso es que la inteligencia se agota con los años. El tiempo desquicia el carácter... Nos hacemos viejos, Navascués, nos hacemos viejos. *(Vase por la puertecilla de la izquierda mirándose atónito los dedos mojados en llanto.)*

ESCENA XVI

Navascués y *Calle.*

NAVAS. No somos nadie: con la emoción de oí a ese hombre se me ha quedao el gañote lo mismo que el esparto.

CALLE. *(Por el foro, muy expresivo.)* ¡Señor de Navascués!

NAVAS. Hola, amigo.

CALLE. ¡Cuánto bueno por esta casa!

NAVAS. No me gusta da la matraca porque sí. Vengo

na más que en los días señalaos. *(Dándole un puro muy grande.)* Tómelo usté, que tiene mi retrato.

CALLE. *(Mirando la faja.)* Y muy parecido.

NAVAS. Hablando na más.

CALLE. ¿No ha estado usted en el público?

NAVAS. Yo no me visto de futraque ni pa Dios.

CALLE. Pero tal como está usted, puede...

NAVAS. Que no puedo, no se canse usté. Son muchas luces y si sargo al vestíbulo a fumarme un pito, parezco talmente una mosca en un faró.

CALLE. Y dígame usted, Navascués: ¿Por qué me ha devuelto aquella estupendísima máquina de escribir que le mandé por encargo suyo?

NAVAS. Porque me sacaba fartas de ortografía, amigo Calle.

CALLE. ¡Hombre! Es usted notable.

CALLE. Muy bruto, ¿verdad?

CALLE. Yo no digo...

NAVAS. Dígalo usté. Navascués es muy bruto, esa es su fama. Pero da la casualidá de que Navascués se fuma puros de ocho pesetas con su retrato en la vitola. Tiene un tren de cinco artomóviles pa él solo y apalea los millones de machacantes que es un gusto. ¡Si será bruto el hombre! Y los cinco artomóviles están a la puerta del teatro, no vaya usté a pensarse. Ahora, que yo no monto en ellos ni pa la Vigen. ¡Accidentitos a mí! Yo voy a lo mío, en el caballito de San Fernando: un ratito a pie y otro andando.

CALLE. ¿Entonces para qué tiene usted los automóviles?

NAVAS. Pa mis buenos amigos, Calle. Y pa el reclamo y anuncio de mi persona y mis negocios. *(Sacando del bolsillo del pecho una cartera abultadísima.)* Para que usté vea quién soy yo, mire usté: aquí tiene usté mi cartera. *(Se la da.)*

CALLE. Aquí llevará usted un fortunón tremendo.

NAVAS. ¿Se quié usté callá? Mírela usté las tripas,

CALLE. *(Registrando la cartera.)* No tiene usted más que recortes de periódicos.

NAVAS. Ni la cédula siquiera. Lo menos me han quitao una docena de carteras como ésa... ¡Lo que yo me río ca vez que se la llevan!

CALLE. ¡Eso es robar a los ladrones!

NAVAS. ¡Si será bruto Navascués!

CALLE. ¿Y dónde guarda usted el dinero?

CALLE. En donde toa mi vía: en esta faltriquera del pantalón.

CALLE. Pero si se enteran, de ahí mismo le llevarán los billetes.

NAVAS. Usté no sabe lo que se dice: el que ponga un deo en este bolsillo, se quea elertrocutao. *(Viendo venir a Consuelo por el cuartito de la derecha.)* Con su permiso, Calle. *(Vase Calle por la izquierda.)*

ESCENA XVII

Consuelo. Navascués.

NAVAS. Oye, Consuelo: tengo que decirte una cosa.

CON. Dila pronto, que tengo que salir a escena.

NAVAS. Na de importancia, ¿sabes tú? El regalito que tengo que hacerte por ser la noche de tu beneficio. Na más que eso. Yo soy muy patoso pa buscá chucherías pa las mujeres. No tengo gusto y me la pegan. Pero como entre nosotros lo naturá es lo naturá, pos lo más naturá es que tú te merques lo que te guste con estos dos pápiros de a mil pesetas, y así me quitas un tabardillo de la cabeza. *(Sácase los billetes del bolsillo del pantalón.)*

CON. Mira, Navascués; cómprame un ramo de flores, por modesto que sea, y te lo agradezco en el alma; pero no me des dinero.

NAVAS. *(Contrariado.)* ¡Ay, qué gracia! ¿Y por qué?

CON. ¿Pero no te cabe en la cabeza que yo no puedo tomar dinero en esa forma? Una mujer decente,

aunque sea de un amigo como tú, no debe aceptar esos billetes tan grandes.

NAVAS. Eso es un desaire que me clavas en el corazón. ¿Te enteras tú, niña? Como Jesucristo, aunque sea mala comparanza, te doy yo de mi sangre y de mi carne, que eso son mis billetes. Tú no reparas que Navascués no sirnifica más que lo que tiene, y si en eso me desprecias, dime tú lo que quea de Navascués.

CON. Parece mentira que no comprendas que obligándome a tomar, así en crudo, nada menos que dos mil pesetas, antes me perjudicas que me favoreces. Tu persona y la mía están como en un escaparate y todo el mundo se fija en nosotros. Por ti, por Mario y por mí, yo no debo tomar ese dinero, y no lo tomo.

NAVAS. Me has dao la noche, Consuelito. Eso no se hace conmigo. ¡O tomas las dos mil pesetas, o como hay Dios que las quemo!

CON. No te canses, que no te las tomo. *(Asoma el transpute por el foro.)*

NAVAS. Escucha.

CON. Que voy a faltar, Navascués. *(Vase rápidamente.)*

NAVAS. *(Furioso.)* ¡Me ha dejao la lengua pero que pegaíta al paladá! ¡Muy bonito, hombre, muy bonito! *(Don Gorgonio, transformado en celador, merced a un gabán galoneado y a una gorra que dice: "Escenario", se presenta en el foro.)* ¡Oye tú, quien seas: tráeme corriendo una caña de cerveza del ambigú; pero como las balas! *(Don Gorgonio, que ha reconocido a Navascués, sale de estampia.)* ¡Maldita sea! *(Se oyen dentro las voces de Carrascosa, la Carrasco y la Pelona.)*

PELO. ¡Vaya con Carrascosa!

CARR. ¡Vaya con la Pelona!

PELO. ¡Vaya con Carrascosa!

NAVAS. ¿Carrascosa? ¡Sálvese el que pueda! *(Vase por el foro.)*

ESCENA XVIII

La Pelona, por la izquierda, seguida de *Carrascosa, La Carrasco, Totito* y dos cómicos de la legua, todos pobremente vestidos, casi indigentes. Carrascosa y La Carrasco han envejecido mucho.

PELO. Este es el cuarto de la reina del mundo, Carrascosa. Límpiese usté las lagañas, doña Rudesinda. ¡Ya verá usté qué carrapachana está y qué repompollosa! Es una gloria, una bendición. Y aluego tan requetegüena, que la quieren a perecé los tramoyistas, los meritorios, los porteros; toíto el mundillo del teatro, que es lo que yo digo: si hay un niño que se bautice, es ella la madrina; si un enfermo en el teatro, es ella la enfermera; y vayan sopicardos, y pollos, y Jerez, y carne bróbin. Que se quea sin camisa, si a mano viene, por el prójimo. Esperarse aquí, que voy a avisarla de que ustés han llegao pa que aproveche una clarita y venga.

LA CA. ¡Por Dios, no la moleste!

PELO. Al finá salirse al público, que he sabío por don Felipe Calle y por el jefe de la clá, que le van a tocá las parmas hasta quearse mancos. Van a hacerla hablá manque no quiera. El escenario se va a sembrá de flores. ¡Una apocalirsi, Carrascosa, una apocalirsi! *(Vase por el foro.)*

ESCENA XIX

Dichos, menos *La Pelona.*

CARR. ¿Una apocalipsis?... ¿Que querrá decir?

LA CA. Una apoteosis, Teobaldo. ¿No recuerdas a la Pelona?

CARR. Tu penetración, Rudesinda, es tan grande como tu infortunio.

TOTI. *(Que curiosea el cuarto con las cómicas.)* Estos son los regalos.

COM. 1.ª ¡Qué bonito es todo esto!

COM. 2.ª ¡Si es un bazar!

TOTI. Esto es un teatro y no los chiscones inmundos donde nosotros trabajamos.

COM. 1.ª Cuando podemos.

CARR. Estoy conmovido. Al pisar de nuevo estos sagrados umbrales del corral del Príncipe me siento anonadado.

"Muevo la planta
sin voluntad, y humilla mi grandeza
un no sé qué de grande que me espanta."

¡Oh, viejos muros del teatro Español! En este cuarto evocador se han vestido Julián Romea, Ossorio, Teodora, Calvo, Vico, Valero... He celebrado mis bodas de oro con la escena... ¡Cuánto tiempo ha pasado! ¡Qué distintos los hombres! ¡Cuán diferente el teatro! Porque ahora, permitidme esta franqueza que me revienta por las cinchas de Rocinante. *(Todos rodean a Carrascosa llenos de curiosidad y un si no es alarmados.)* Ahora el teatro no es sombra de lo que fué. ¡Estoy frenético de ver cómo han degollado esta noche "El vergonzoso en Palacio"!

LA CA. ¡Por Dios, Teobaldo!

TOTI. ¡No le vayan a oír!

CARR. Salvo a nuestra predilecta, a Consuelito, ¿eh?... Pero, ¿y los otros?

LA CA. ¿Quieres callarte?

CARR. No me oye nadie, ¡vocalizo! Porque yo sé vocalizar. Lo que no saben los comiquitos del día.

LA CA. ¡Ya escampa!

TOTI. ¡Don Teobaldo!

CARR. ¡Dejadme este desahogo! ¡Me las traigo yo con los comiquitos del día; hijos espúreos del teatro que se escribe ahora, de alma femenina y neutra, que no es otra cosa que pura conversación! Y es que en mi época el teatro tenía medula y entraña masculina. Y había pasión, y acción, y caracteres. Por eso el público se electrizaba en noches memorables, y había bandos, y chorizos y polacos. Ya se acabaron los bandos,

se acabaron los chorizos. ¡Sólo quedan churros y nada más que churros!

LA CA. ¡Vocaliza más bajo!

TODOS. ¡Chissss!

CARR. ¡Dime por tu vida, Rudesinda de mi alma, dónde está el comiquito de ahora que sepa embocar un parlamento; verter a flor de labio un endecasílabo; enjuagarse la boca con una décima; decir de un aliento toda una tirada de versos como Rafael, como yo mismo!

TRASP. *(Que asoma de repente por el foro.)* ¡Que se oye todo!

CARR. ¡Maldición!

LA CA. ¿No te lo dije? *(Se oyen voces confusas en el foro.)*

CON. *(Dentro.)* ¿Dónde está, dónde está? *(Viene Consuelo por el foro y se precipita en los brazos de Carrascosa.)*

CARR. "¡El cielo me debía
tras de tanto dolor, tanta alegría!"

ESCENA XX

Dichos, Consuelo, Mario, La Pelona y algunos actores y tramoyistas, que asoman curiosos por el foro.

LA CA. *(Abrazando a Consuelo.)* ¡Consuelo de mi alma!

MARIO. *(Lo mismo a Carrascosa.)* ¿Qué tal, don Teobaldo?

CARR. "Al vernos juntos, parece
que en las provincias estamos."

PELO. ¡Vaya con Carrascosa!

CARR. *(A Consuelo.)*
"¡Cuán bella a mis ojos te presentas!"

MARIO. ¿Cómo vamos, Totito?

CON. *(A Carrascosa.)* ¿Y Canseco?

MARIO. *(Lo mismo.)* ¿Qué ha sido de él?

CARR. "En el seno de la muerte".

CON. ¿Murió? *(Afirmación lúgubre de Carrascosa.)*

LA CA. Por allá nos espere muchos años,

CON. ¿Y Peralta?

CARR. "Treinta años, o la vida de un jugador."
TOTI. "Quien mal, anda mal acaba".
PELO. ¿Y la Relojera?
TOTI. Se casó con un valiente del Tercio.
CARR. "La esposa del vengador".
CON. *(Llamando aparte a Carrascosa y a la Carrasco.)* Vengan ustedes aquí. *(Los lleva a la derecha y los coloca detrás del biombo. La Pelona escucha por el otro lado. Los demás circunstantes se agrupan en el fondo.)*
COM. 1.ª *(A Totito.)* De cerca es tan bonita como en escena.
CON. *(A Consuelo.)* Tengo que acabar el acto y me queda poquísimo tiempo. Yo los quiero como una hija. No deben de tomar lo que voy a decirles como una humillación. Sé que están ustedes pobres, muy pobres..., y se me parte el alma de pensar que pasan necesidades. Nos veremos con frecuencia, ¿no? Búsquenme mañana en mi casa. Aquí tienen por el momento este pequeño socorro. *(Sácase del seno un sobre cerrado.)* Acéptenlo: con todo mi cariño les pido que lo acepten.
CARR. *(Muy digno.)*
"¡Ni yo deshonras reparto,
ni yo limosnas recibo!"
LA CA. *(Suplicante.)* ¡No le escuches, Consuelo!
CARR. *(Patético.)* ¿Cómo pudiste ofender la dignidad del viejo león sin garras ni melena? A otra que no fueras tú yo le cerraría la boca con un hierro, con un plomo; pero a ti, no.. A ti, no... ¡Tú eres mi Nuri, mi Marianela, mi Morritos!
LA CA. ¡Teobaldo!
CARR. ¡Rudesinda!
LA CA. ¿Te parecen pocos los dramas que has representado en esta vida, para que ahora...?
CARR. ¡Silencio!
CON. *(Dolida.)* ¿Me desaira usted?
CARR. ¡Carrascosa, primer actor y director, rechaza el óbolo!
LA CA. ¡Dios nos ampare!

CON. *(Intentando guardar el sobre.)* Entonces...

CARR. *(Cortándole la acción y reteniendo el sobre.)* ¡Aguarda! Pero tu viejo amigo Carrascosa, indigente y reumático, lo acepta porque está de veras necesitado. Esta confesión arranca un gemido de lo más hondo de mi entraña. ¡Sería capaz de quitarme la vida aquí mismo, porque...

"No sepas que sé
que sabes flaquezas mías."

(Llora.)

CON. *(Consolándole.)* ¡Vamos, vamos!

LA CA. ¡Dios te lo pague!

TRASP. *(Por el foro.)* ¡Que falta usted, señorita Máiquez!

CON. ¡Voy! ¡Hasta mañana, hasta mañana! *(Vase corriendo. Los demás personajes hacen mutis por el foro y por la izquierda. Quedan los últimos Carrascosa, la Carrasco y la Pelona.)*

LA CA. *(A la Pelona.)* Guíanos al público.

PELO. Venga ustés y no se aseparen. *(Mirando de alto a bajo a Carrascosa.)* ¡El demonio el viejo!

CARR. ¿Qué murmuras, Pelona?

PELO. Que gasta usté más orgullo que don Rodrigo en la guillotina.

CARR. "España y yo somos así, señora." *(Mutis por la izquierda.)*

ESCENA XXI

Navascués y *Mario.*

MARIO. *(Que le trae fuertemente abrazado.)* ¡Venga usted para acá; no se me vaya usted de los brazos, Navascués!

NAVAS. ¡Suelta, niño!

MARIO. ¡Con las ganas que tenía yo de echarle la vista encima!

NAVAS. ¿Y pué saberse pa qué?

MARIO. Para decirle que mientras yo viva tendrá usted en mí un corazón agradecido. Por usted soy

otro, por usted voy a llevarme esa criatura, esa gloria, que derrama arte y caridad por dondequiera que pasa.

NAVAS. ¡Que te van a oí!

MARIO. ¿Pero usted la ha visto esta noche? ¡Si no es una mujer, si es un corazón en medio de la escena! ¡Por eso el público vibra de entusiasmo, porque es una sensibilidad, una vida humana que se le entrega!

NAVAS. ¡Bueno, hombre!

MARIO. Y lo que no me cabe en la cabeza—y perdone usted que se lo diga—es el empeño que usted tiene en que ella no sepa nunca lo que usted ha hecho en el mundo por su bien y por el mío.

NAVAS. *(Gravemente.)* Mira, Mario: Eso se quea entre el que está arriba y yo. ¿Sabes tú? De mo y manera que ni media palabra. Los hombres son hombres y tú me juraste callártelo pa toa la vía. El día de las bendiciones... este cura te dará la mano a ti, le dará un abrazo a ella... ¡Y por la puerta del foro, que yo sé cuál es mi sitio, y ya tiene hombre que la guarde! Y eso de que es una gloria está bien y pongo la firma debajo; pero esa gloria confiscá me ha hecho esta noche un feo... ¡un feo!... ¡Maldita sea mi estampa! ¿Pero dónde está ese tío de la cerveza? *(Se oye dentro un clamoreo de ovación.)*

MARIO. ¿Oye usted? ¿Oye usted cómo la aplauden? ¡Bendita sea! ¡Bendita sea! *(Vase.)*

NAVAS. ¡Anda ya y déjame solo, que estoy que trino! *(Viene don Gorgonio con una caña de cerveza en una bandeja.)*

ESCENA ULTIMA

Navascués, Don Gorgonio; a poco, *Consuelo,* y luego todos los personajes que han salido en el acto.

NAVAS. *(Furioso, a don Gorgonio.)* ¡Asaúra, maláge! ¿Dónde te has metío? *(Don Gorgonio, asustadísimo, se hinca de rodillas con la bandeja en*

la mano.) ¡Santo Cristo! ¡Don Gorgonio! *(Síguese oyendo, dentro, el clamoreo.)*

CON. *(Dentro.)* ¡Gracias, gracias! *(Entrando.)* ¿Qué haces, Navascués? ¿Es posible? ¿Te vengas así de un desdichado?

NAVAS. *(Atónito.)* ¡Es don Gorgonio, Consuelo! *(Don Gorgonio hace señas desesperadas.)*

CON. *(Ayudando a don Gorgonio a levantarse.)* ¡Levántese usted, pronto! *(A Navascués.)* ¡Ahora quiero las dos mil pesetas! ¡Dámelas!

NAVAS. ¡Bendita sea tu boca! *(Le da el dinero.)*

CON. *(Entregando los billetes a don Gorgonio.)* ¡Son para usted, don Gorgonio. Navascués se las regala. Guárdelas y vuélvase al pueblo y dé de comer a sus hijos! *(Don Gorgonio, loco de alegría, quiere besar las manos de Consuelo y Navascués. Estos le empujan a la puerta del foro. Vase don Gorgonio. Óyense dentro aplausos y voces que parten del supuesto escenario llamando a Consuelo.)*

CALLE. *(Por la izquierda.)* ¡Por Dios, Consuelo!

PEÑI. *(Lo mismo.)* ¡Salga usted a escena!

TRASP. *(Por el foro.)* ¡No se callan!

MARIO. *(Lo mismo.)* ¡No se mueven de las localidades!

BELI. ¡Piden que hable!

CALLE. ¡Dígales usted alguna cosa!

CON. *(Aturdida.)* ¿Qué voy a decir? *(Invaden la escena, por el foro y por la izquierda, todos los personajes que han salido en el acto; actores, actrices, cómicos de la legua, tramoyistas, abonados, etc., etc. Todos aplauden.)*

CALLE. ¡Vamos!

PEÑI. ¡Improvise usted algo!

CON. ¡Esperad, esperad! *(Escóndese de todos detrás del biombo de modo que sólo el público la vea.)* ¿Qué decir al público? ¿Qué decir, Dios mío? Yo diría, yo diría... ¡Ah, ya está aquí!

CALLE. *(Cada vez más impaciente.)* ¡Vamos!

MARIO. ¡Consuelo!

TRASP. *(Dentro.)* ¡Arriba el telón!

CON. ¡Por el amor de Dios, esperad un momento!

¡Callad! *(Dirigiéndose al público real como si hablara a un público imaginario.)* Estoy conmovida, pero si hay una verdad en la farsa, es que en ella puse mi corazón. El artista que lo es presta el latir de sus venas, su pensamiento y su alma al personaje que representa. Por eso el muñeco imaginario se presenta ante vosotros con apariencias humanas, y vive, y sufre, y llora con dolor de verdad y lágrimas verdaderas. Ese dolor es nuestro, del intérprete, que si tiene temperamento, abandona en estos escenarios noche a noche un lento desgaste de sus nervios, de su mente y de su espíritu. Yo quisiera honrarlos a todos; pero ya que os damos el corazón, os pido, en cambio, en honor de mis pobres compañeros, los desheredados del arte y de la gloria, que mováis vuestras manos a compás de vuestros corazones.

TELÓN

PRENSA MODERNA

ALBERTO AGUILERA, 58
APARTADO 8012-MADRID